

CAPÍTULO 1

La profesión de transportista tiene poco de mágico. Eso que ven en los holocines no son más que embustes. Seguro que los directores de esas películas estúpidas jamás han puesto sus pies en un carguero espacial. La aventura y la posibilidad de visitar otros planetas es pura charlatanería. La vida en el transporte de mercancías es dura, y a nadie se la recomiendo. Cuando tenía once años, me encantaba ese tipo de películas. Yo soñaba con ser algún día dueño de mi propia nave, surcar la galaxia a la velocidad de la luz y vivir aventuras excitantes. Abandoné mis estudios de biología molecular y me puse a trabajar con Mabe Godda, un sinvergüenza que nos pagaba una miseria por quince horas diarias de jornada. Ese bandido está ahora hecho de oro. En cambio, mi socio Lérad y yo estamos arruinados. En diez años de profesión, ni hemos ganado una fortuna ni el carguero es nuestro del todo. Al banco también le pertenece, y nos ha enviado recientes notificaciones para recordarnos lo que ocurrirá si no saldamos el préstamo que pedimos para comprarlo.

Acudimos a la sede del Sindicato con la vaga esperanza de tener un golpe de suerte y reunir algo de efectivo para acallar al banco, aunque sabíamos demasiado bien que lo único que encontraríamos sería lo que otros transportistas habrían rechazado. Presentarse en el Sindicato a buscar trabajo es como quien va a la oficina del desempleo: no te dan empleo ni dinero, pero te hacen perder el tiempo.

Ciertamente, no era nuestro mes de la suerte, aunque yo diría que tampoco era nuestro *año* de la suerte. Cada vez es más difícil cobrar a los clientes. Nuestra cartera de morosos aumentaba peligrosamente, y sin fondos para aguantar, sobrevivir es mucho más difícil que salir ileso de un ataque de bípedos Mannissi hambrientos. Y si están pensando que los Mannissi son unos animales amistosos y dóciles, es porque sólo los han visto en zoológicos y sus cuidadores los alimentan bien. Una vez transportamos una manada al sistema Fewr Kana. Los Mannissi no habían probado bocado en varios días. Deberían habérselo advertido al cargarlos, pero no lo hicieron. Espero enterarme algún día quién fue el responsable, porque cuando lo sepa me compraré un bípedo, lo tendré enjaulado y hambriento durante una buena temporada, y luego lo esconderé en el dormitorio de ese canalla.

—Eh, Mel —dijo Lérad—. Mira quién va por ahí.

Me giré. Era Lubián, nuestro antiguo socio. Tener a Lubián cerca era indicio de que tendríamos problemas.

—Haremos como si no lo hubiésemos visto —murmuré—. Nosotros, a lo nuestro.

Nos acercamos a un mostrador. Una recepcionista contemplaba absorta un programa de holovisión.

—Creo que Arnie tiene algo para vosotros —dijo la mujer—. Eh, Mel, estás más gordo desde la última vez que te vi.

—Gracias —la secretaria no se distinguía por su buen tacto, pensé.

—Espero que Arnie os convenza. Lleva dos semanas buscando mercantes libres y todos han rechazado. El último ha sido Lubián. Miradlo, por ahí va.

—Ya lo hemos visto —contestó Lérad—. Me alegra saber que también está sin trabajo.

—No exactamente. Ha venido a cobrar el importe de un flete, y Arnie quería pescarlo para... bueno, será mejor que vayáis a su despacho.

Entramos al ascensor. El panel del fondo se tornó transparente, ofreciéndonos una imagen aérea de Dricon, la capital confederal. Rascacielos inmensos, cúpulas majestuosas, naves espaciales surcando las nubes con

orgullosa porte. El espectáculo era perfecto, si no fuese porque sabíamos que el edificio del Sindicato sólo tiene tres plantas, y no está ubicado precisamente en una zona elevada de la ciudad. La asociación del transporte independiente carece de fondos para pagar unas oficinas en alguno de esos gigantes de cristacero, de modo que, como consolación, a alguien se le ocurrió instalar un tripanorama en el ascensor.

Arnie estaba tras su escritorio con unos pliegos de papel, elaborando objetos de curiosos contornos. Soltó un bufido —no sé si de fastidio por haberlo interrumpido o de alivio al vernos aparecer, aunque sospecho que fue esto último— y dio los últimos toques a una especie de camello que tenía entre manos.

—Bonito camello —dije, aunque en realidad era horrible.

—¿Bromeas? Es una burra. Aún me falta pegarle las orejas.

—¿Y esa joroba de aquí?

—Es una burra gemaniana, ignorante.

—Si eso es una burra gemaniana, yo soy presbítero Zanista —dijo Lérad—. Las gemanianas no tienen joroba, sino dos placas sacras para defenderse de los depredadores.

Arnie frunció el ceño. Ocultó el engendro en el cajón, junto con un mazo de papeles.

—Lo sé. Estaba poniendo a prueba vuestros conocimientos —dijo. Era una burda excusa que no nos convenció.

—Sabemos bastante de bichos —alardeó Lérad, saboreando prematuramente su pequeña victoria.

—Lo sé. Por eso quería hablar con vosotros.

—Maldita sea. Otra vez no.

—Me temo que no hay otra cosa mejor —Arnie sonrió, y se volvió hacia la pantalla del ordenador—. El cobro del flete es seguro. El cliente ya ha pagado.

—¿Por anticipado? —el recelo de Lérad era fruto de la experiencia.

—Sí. Naturalmente, no podréis tocar esos fondos hasta que hayáis descargado la mercancía en el punto de destino.

—Qué hay del seguro.

—¿Qué seguro?

—No pretenderás que transportemos más bichos sin una buena póliza.

—Eso es asunto de la aseguradora de vuestro carguero. El cliente...

—Nuestra compañía no cubre los daños producidos por mercancía que tenga patas y dientes.

—Tenéis que arriesgaros si queréis el encargo. El zoológico me ha prometido que los animales irán en jaulas especialmente diseñadas para evitar percances. Un viaje rutinario, a mi juicio. Dinero fresco y fácil.

—Si es tan fácil, ¿por qué lo ha rechazado Lubián?

—¿Cómo sabéis que se lo he ofrecido a...? Entiendo. La secretaria se ha ido de la lengua —Arnie se encogió de hombros—. El trabajo está mal hoy día, vosotros lo sabéis. Las grandes intercompañías se llevan la mayor tajada de este negocio. A los mercantes independientes sólo os dejan las migajas.

—Antes que volver a transportar bichos, prefiero picar piedra durante una estación en Wonsa —dijo Lérad, sin mucha convicción.

—Los hongos voraces de Wonsa acabarían con vosotros antes de que hubieseis picado la primera piedra.

—Búscate a otros primos, Arnie.

—El flete es de sesenta mil argentales.

—¿Deducido tu porcentaje?

—Sesenta mil limpios. Yo mismo llevaría a esos simpáticos animalillos, si poseyese un carguero. Bueno, qué decís, no sois novatos. Ya habéis hecho esto antes. Por lo que he oído, os hace falta el dinero.

Arnie estaba ansioso de que aceptáramos. Si no conseguía nadie que transportase los animales, él no cobraría su porcentaje y tendría que devolver el dinero del flete pagado por adelantado.

—Necesitaremos un anticipo de treinta mil —dijo—. Es lo justo.

—Las instrucciones del cliente fueron muy precisas. Nada de pagos hasta la entrega de la mercancía.

—Pues dile a tu cliente que transporte esos bichos él mismo —replicó Lérad, dirigiéndose a la puerta.

—Esperad, de acuerdo, os daré lo que pedís —Arnie había cedido con demasiada facilidad—; pero no debería hacerlo. Me estoy comprometiendo personalmente. Si el cargamento no es entregado intacto al destinatario, me pedirán cuentas a mí. Me estoy arriesgando mucho.

—¿Arriesgando? Tú te limitas a hacer de intermediario y cobras tu comisión sin salir de este despacho. Somos nosotros los que correremos el riesgo.

—Cualquier daño a los ejemplares será deducido de vuestra parte —nos entregó una tarjeta transparente—. Bien, aquí está cuanto necesitáis saber. El punto de carga se encuentra en Panadis Cove. Buena suerte.

Cogí la tarjeta. Arnie se mostró visiblemente satisfecho. Su porcentaje estaba a salvo, y por el interés que se había tomado en el asunto, debía ser un porcentaje escandaloso.

En la planta baja del Sindicato encontramos a Lubián. Iba acompañado de Neio, su copiloto rudeario. Lubián había roto una costumbre secular en el mundo de los transportistas: asociarse con un alienígena. En teoría no debe ser así, pues las discriminaciones entre especies inteligentes fueron abolidas por el tratado de cooperación Larman. Cualquier alienígena puede acceder en igualdad de condiciones con un humano a cualquier puesto de trabajo, excepto a cargos políticos o militares. Pero una cosa son los tratados y otra la práctica. Rudearios, drillines o arbineos no son bien recibidos en ninguna parte, y los transportistas respetamos esta costumbre más que nadie.

El socio de Lubián nos miró con ojos de tiburón asesino, sacudió su hocico ratonil y emitió un chillido sostenido, como un murciélago enojado. Con sus largos y famélicos dedos se rascó las prominencias pilosas de sus orejas. Miró a su despreciable colega, y luego pulsó los botones de su ordenador de pulsera. A saber qué extrañas ideas corrían por su enrevesada mente. El comportamiento de los rudearios siempre me ha desconcertado.

—Larga vida y prosperidad a los porteadores estelares más afortunados de la galaxia —dijo un sonriente Lubián que abría los brazos con un gesto tan falso como sus palabras.

—Te has enterado pronto de que hemos aceptado —respondió Lérad.

—Vosotros estáis acostumbrado a ese tipo de trabajos. Transportar animales es vuestra especialidad. Debe ser *excitante*.

—No tanto como partirte a ti la cara, cretino.

Lubián rió, y Neio siguió lanzando sus chillidos de murciélago, verdaderamente irritantes.

—Comprendo por qué te asociaste con una rata —dijo Lérad—. Sois de la misma calaña.

—No creas que me ofendes llamándome rata —le contestó el rudeau, con el falsete típico de los su especie—. Los humanos no sabéis respetar lo que es diferente. Aún no me explico cómo os habéis podido expandir tanto por la galaxia. Carecéis de la madurez necesaria.

—Pues si no te gusta cómo somos, vuélvete a tu casa —atacó Lérad—. Aquí sobras.

—Tengo tanto derecho a estar aquí como tú. Y si no te callas...

—¿Qué?

—Te denunciaré por comportamiento hostil y xenófobo.

—Maldito espantajo, ¿pero qué te has creído? Ahora verás.

—Cálmate —sujeté a Lérad—. Neio tiene razón. El tratado Larman lo protege.

—Al diablo con el tratado. Esta rata presuntuosa no se reirá delante de mis narices.

—Raza violenta y primitiva —provocó Neio—. La mutación genética que os concedió la inteligencia nunca debió producirse.

—Bueno, basta ya —dijo Lubián, sintiéndose abarcado por las descalificaciones del rudeau—. Mel y Lérad son compañeros nuestros, y debemos procurar llevarnos bien. Todos pertenecemos al mismo gremio.

—Déjate de hipocresías y piérdete —le cortó Lérad—. No queremos saber nada de ti.

—¿Todavía estáis enfadados por lo de Norasai III? Pero si fue una broma sin importancia. No tenéis sentido del humor.

—Si averiar el propulsor cuántico en medio de un ataque de piratas es una broma sin importancia, te aseguro que carecemos por completo de sentido del humor.

—Yo no lo averié. Vuestra computadora se volvió loca, eso es todo. Entró en un bucle lógico y se fue al garete. ¿Cómo iba yo a saber que había piratas cerca?

—Claro, tú qué ibas a saber.

—Eso no hubiera sucedido si el ordenador de vuestro carguero tuviese células de aceleración sincrónica. Sólo un cascajo anticuado como ése caería en un bucle lógico. Introduje unos parámetros de distorsión desde mi nave para comprobar la reacción de la computadora. Por desgracia, en ese momento aparecieron los piratas.

—Qué desafortunada coincidencia —dijo Lérad—. Si no te conociéramos, hasta podrías llegar a convencernos.

—Mi intención no era más que demostraros la vulnerabilidad de *Poderosa*. Lo único que tiene vuestra nave de poderoso es el nombre.

—Salimos ilesos del ataque a pesar de no contar con la potencia del generador. Tú, en cambio, saliste huyendo como una rata —Lérad observó maliciosamente al rudeario, pero éste no reaccionó.

—Limemos nuestras asperezas con un apretón de manos y una copa en el bar. Vamos.

Lérad rechazó el gesto. Lubián estaba tramando algo, y lo sabíamos. La cordialidad no era una de sus virtudes. Neio intercambió una mirada con su socio y pulsó un botón en su ordenador de pulsera. Otro chillido más.

—¿Qué demonios se supone que estás haciendo? —dijo Lérad.

—Métete en tus asuntos, primate —replicó el rudeario.

Nos largamos de allí y sin pérdida de tiempo nos dirigimos al puerto espacial *Presidente Olden*. Se hallaba en estudio una moción de la Asamblea para reemplazar el nombre por el de *Presidente Mauris*. Es el consabido baile de denominaciones cuando cambia el gobierno. El nuevo partido en el poder, en sintonía con la ideología del legendario Mauris

Radllo, pretendía eliminar todos los símbolos del anterior régimen. El presidente Olden ha sido durante decenios un personaje venerado por el pueblo, cuya memoria nadie ha osado mancillar. Considerado como el "padre" de la Confederación, Olden Alio puso los cimientos necesarios para que el sistema republicano de su predecesor, el autoritario Mauris, no se viniese abajo tras la desaparición de su líder. De no ser por Olden, la república de Mauris se habría disgregado en una pléyade de sistemas autocráticos, y hoy seríamos pasto de drillines y rudearios.

Pero lo que hasta la fecha había sido un hecho histórico indiscutido, el nuevo gobierno surgido de las urnas lo estaba poniendo en cuestión. Mauris Radllo era ahora elogiado, mientras que a Olden se le criticaba duramente, considerándole un hombre débil sin carisma, vendido a los poderes económicos y a la avidez de ciertos políticos levantiscos de la periferia. Se dice que la Confederación fue una componenda entre los gobiernos locales, las omnipotentes intercompañías y la camarilla que rodeaba a Olden, incapaz de establecer una cohesión fuerte entre los sistemas de la República tras la muerte de Mauris. Cada cual sacó su porción de pastel, y hoy se duda quién gobierna realmente en el territorio de la Confederación, si la administración o las Intercompañías.

Por lo que a mí respecta, me traía sin cuidado la rehabilitación de tales o cuales dirigentes o el cambio de nombre del espaciopuerto, siempre que no subiesen las tasas por atraque. Pero se rumoreaba que iban a elevarse al doble. El gobierno, que muchos asesores financieros sí tenía, pero que estaba sin un argental, no cesaba en su avidez recaudatoria. Me pregunto para qué quieren tantos economistas, si cuando llegan al poder hacen todos lo mismo.

Poderosa nos esperaba en el muelle siete, ansiosa por abandonar la monotonía del complejo espacial y calentar motores. Había estado demasiado tiempo en dique seco, y necesitaría un repaso a fondo para ponerla a punto. Lérad comprobó en una terminal que Arnie nos había transferido los treinta mil del anticipo, y con esa comfortable tranquilidad compramos lo necesario para acondicionar el carguero. Nos

esperaba un viaje largo y problemático. Lo normal era confiar la puesta a punto al personal de mantenimiento, pero a nosotros no nos sobraba el dinero para malgastarlo de esa forma.

—Revisaremos los sistemas de protección de la nave. No quiero que Lubián nos vuelva a fastidiar cuando estemos allí arriba con las bodegas llenas de bichos.

—De acuerdo —manipulé los controles del monitor auxiliar—. El sistema navegante me comunica que ha solucionado el problema de los bucles, a través de la base de datos del puerto. Tenemos un adeudo en nuestra cuenta de ochenta argentales con cincuenta, por la adquisición de un programa de protección.

—Ladrones. Debemos encontrar una forma de acceder a la base de datos sin pagar. Ox Orne dice que sabe cómo hacerlo.

—Cambiaron las rutinas de acceso hace dos días. No creo que ahora pudiese.

Lérad introdujo en el ordenador de *Poderosa* la tarjeta que nos dio Arnie.

—Panadis Cove es el punto de origen —dijo mi amigo—. Pero el de destino es Dekoan VII. Por el sistema Dekoan pululan a placer piratas y agentes del fisco.

—No llevamos una carga valiosa para ellos. De todos modos, si se atreven a abrir las bodegas, nos arreglaremos para soltar a los animales más peligrosos.

—Preferiría llevar protección durante este viaje. Esto me da mala espina —Lérad marcó un número en la consola del hipercanal—. Quizá Ox quiera venir con nosotros —el ruido de la estática taquiónica se prolongó durante un par de minutos, hasta establecer el enlace. El mofletado rostro de Ox apareció en pantalla.

—¿Qué mosca os ha picado, idiotas? —dijo Ox, con un grasiento bocadillo entre las manos—. Estaba en mitad de mi almuerzo.

—Mel y yo nos preguntábamos si querías darte una vuelta con nosotros por Dekoan.

—¿Dekoan? No, gracias. Ninguna de mis rutas pasa por allí cerca, y además, no quiero que me confisquen el

cargamento esos buitres de aduanas. Tengo un encargo urgente que servir para pasado mañana, y prefiero no correr riesgos. Habla con Andrich. Tal vez quiera acompañarte.

—Lo haré. Oye, Ox, ¿de qué es ese bocadillo?

—De ajo, alcaparras y manteca.

—Tu paladar es tan exquisito como siempre —Lérad cortó la comunicación y marcó otro número—. Cobardes. Seguro que Andrich tampoco querrá.

—Tendremos que hacer este viaje solos —vaticiné.

—Les hemos acompañado a ellos otras veces, y gratis.

—Los inspectores de Dekoan tienen fama de ser implacables. Pero a nosotros se limitarán a revisar la carga con un haz de exploración y ni siquiera nos pararán. Saben a qué se exponen —la pantalla se iluminó—. Hola, Dana. Estás espléndida.

—Lo mismo digo, Mel — contestó Dana—. Aunque te vendría bien un poco de ejercicio.

—Eres la segunda que me lo dice esta mañana. ¿Está Andrich por ahí?

—¡Hola, tíos! —Andrich apareció en pantalla—. Hace tiempo que no nos vemos. Tenemos que quedar un día de estos a tomar algo.

—Vamos a Dekoan. Nos gustaría tener tu nave cerca, por si acaso.

—Bueno, verás, pasé por ese sistema hace una semana. Chico, no me gustaría volver por allí. ¿Qué tipo de mercancía llevaréis?

—Animales para un zoo.

—Yo os podría conseguir algo mejor.

—Ya nos hemos comprometido para este transporte —alegué—. Hemos cobrado un anticipo.

—Está bien, hablaremos en otro momento de eso. Nos veremos dentro de siete días, en el sitio de siempre.

—De acuerdo, Andrich. Oye, ¿qué os ocurrió en Dekoan?

—Nos dejaron sin blanca. Si pasáis por allí, sacarán brillo a vuestras bodegas. Os dejarán como vinisteis al mundo.

—Me gustaría estar cerca cuando eso ocurra —dijo Dana, provocadora.

—En fin, me temo que debemos hacer unas cuantas reparaciones en nuestra nave —se excusó nuevamente Andrich—. Perdimos los estabilizadores al pasar cerca de un vórtice de iones en Polanis Alfa.

—Embustero, en Polanis Alfa no hay vórtices de iones —le espetó Lérad.

—Pues yo te aseguro que ahora sí, ¿verdad, Dana?

—Deberíamos acompañarles —dijo la mujer, echándose hacia atrás su melena negra con un gesto bien explícito—. Son nuestros amigos.

—Dana... —intentó objetar Andrich.

—Y Lérad tiene razón: en Polanis Alfa no hay vórtices. Eres un necio inventando pretextos.

—Encantadora muchacha, ¿no creéis? —dirigiéndose a Dana, Andrich añadió entre dientes—: Ya hablaremos luego tú y yo —se volvió a la pantalla—. Os deseo suerte, y no olvidéis la cita dentro de siete días. Hasta luego.

—Ten amigos para esto —murmuró Lérad, apagando el monitor—. La próxima vez que nos pidan ayuda los mandaremos al cuerno.

—Voy a echar un vistazo a las bodegas —anuncié—. Recuerdo que hay un par de puertas que no cierran bien.

Bajé a la cubierta C. El interior de la nave estaba lleno de polvo y hojas de palmera balniana, restos del último cargamento que servimos. Deberíamos haberlo limpiado todo hace semanas, pero siempre lo dejábamos de un día para otro. Confié en que a los animales que íbamos a transportar les gustase la palmera balniana, porque a menos que el cliente nos diese bolsas de pienso para alimentarlos, no comerían otra cosa durante el viaje.

Fui excesivamente optimista al decir que había dos puertas que no cerraban bien. En realidad, no había ninguna que cerrase correctamente, y aunque eso no supone ningún problema si se transporta cargamento normal, la cuestión se complica si hay que alojar allí dentro a seres vivos. Abrí el panel de la bodega C-4 y soplé un poco. Brotó una nube de polvo. El conmutador de acceso no hacía buen contacto. Lo limpié, ajusté un par de placas que amenazaban con soltarse y luego atornillé el panel en su sitio. La cerradura emitió un

chasquido oxidado, pero funcionó. Sé que está mal que yo lo diga, pero tengo una mano de oro arreglando circuitos. No se puede hablar lo mismo de mi socio, que es un patán titulado.

—¿Has acabado ya con esas puertas? —me dijo Lérad por el microtrans.

—He terminado de ajustar una cerradura. Están peor de lo que yo creía.

—Pues date prisa, porque dentro de dos horas comienzan a regir las nuevas tasas por amarre, y van a aplicar la subida con efectos retroactivos.

—¿Dos horas? Pero si la subida aún se encuentra en estudio.

—Tus noticias están anticuadas. Administración del puerto me comunica que tendremos que depositar una fianza de quinientos si seguimos aquí dentro de dos horas.

—Haré lo que pueda —desatornillé otro panel—, pero tendrás que arreglar el generador cuántico tú solo.

—Te crees imprescindible ¿eh? Escucha, nene. Tú ocúpate de las puertas y déjame a mí el trabajo de especialistas.

—Me parece que las cerraduras podrían esperar. No son urgentes, y en cambio el genera... —no obtuve respuesta. Lérad había cortado la comunicación.

Acabé con mis puertas antes de lo previsto. En cambio, Lérad aún seguía en la sala de máquinas intentando calibrar el sistema de deriva, que había desajustado al hacer mal una soldadura.

—El plazo para despegar se acerca —dije muy ufano, entrando en la sala.

—Los daños que nos causaron los piratas fueron más serios de lo que pensábamos.

—Quizá, pero no recuerdo que el sistema de deriva resultase afectado. Sólo lo fue el generador.

—Se produjo una sobrecarga aquí y aquí —Lérad señaló vagamente dos puntos de un panel de circuitería.

—¿Y cómo lo pretendes arreglar?

—Había pensado en acoplar una célula de alimentación a este acumulador —el tono de Lérad era menos arrogante, señal de que estaba a punto de claudicar. Se quitó el visor

amplificador y se enjugó el sudor de la frente—. Vamos, tío listo, ya que has terminado tu trabajo facilón, ayúdame a ensamblar estas piezas.

—Si acoplases una célula de alimentación donde tú dices, sobrecalentarías la placa y la cortacircuitarías —le arrebaté el instrumental y apliqué una pequeña descarga de energía a un condensador—. Alcázame la caja de repuestos, por favor.

—Toma, sabelotodo.

Abrí la caja. Un par de figuras negruzcas reptaron por las paredes metálicas.

—¿Pero qué demonios?

—Vamos, Mel, no te van a comer. Esos gusanos iban entre las hojas de palmera balniana.

—Sí, y mira lo que han hecho con los repuestos —saqué un zócalo de oscilación. Estaba cubierto de moco verde—. Tendrás que limpiar las piezas de la caja una por una mientras sigo trabajando.

—Querrás decir que *tendremos* que limpiarlas.

—No hay inconveniente, pero será imposible que termine de arreglar lo que tú has estropeado antes de que nos suban las tasas —me incliné sobre la unidad de transducción—. Recuerda que la subida es con efectos retroactivos.

—Malditas palmeras. Ni siquiera nos han pagado todavía el precio del transporte —Lérad cogió con aprensión un trapo y la primera pieza—. Esos tipos de Tirras nos deben una buena pasta. Tendremos que acercarnos por allí a cobrarles. Lástima que nos pille lejos de nuestra próxima ruta, porque si no, cogería a Uman Merinai del pescuezo y... puajjj, esto es asqueroso, Mel, realmente asqueroso, y huele peor que un drillín tras una semana sin bañarse.

—Calla y limpia, o no saldremos de Dricon en la vida.

Una sirena de aviso comenzó a zumbear intermitentemente.

—¿Y ahora qué pasa? —dije, tratando de adivinar qué nuevo circuito se había fundido.

—Es la computadora. Tenemos una llamada.

—Iré a ver quién es.

—No, Mel, tú sigue con lo tuyo —Lérad tiró el paño, aliviado por poder escabullirse de la limpieza de mocos.

—Espera, si es una llamada, que la computadora la pase a esta sala.

Demasiado tarde. Mi socio ya se había ido, y presenté que no regresaría en un buen rato.

Para ser sincero, no era necesario que volviese. Lo único que yo necesitaba de la caja de repuestos era un par de piezas que ya estaban limpias, pero quería fastidiar a Lérad un poco.

Verifiqué los arreglos en la consola de operaciones. El ordenador confirmó todos los sistemas. Aún me había sobrado media hora antes de que las nuevas tarifas del espaciopuerto entrasen en vigor. Me dirigí hacia la cabina de mandos y encontré a Lérad discutiendo con la telepantalla. Un individuo moreno de gestos amanerados agitaba las manos sin cesar, no sé si para enseñarnos la docena de anillos que cubrían sus dedos o para batir aire hacia su rostro de eunuco sofocado.

—Le repito, señor, que mi cliente es el tenedor legítimo del crédito hipotecario. Puedo transmitirles una copia de las cédulas de cesión, firmadas por el banco y por el señor Godda.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un picapleitos —contestó Lérad—. ¿Es que no se nota?

—Presumo que el hombre que le acompaña es el señor Meldivén Avrai —dijo el eunuco. Asentí con la cabeza—. Mi nombre es Vern Loan, y soy el abogado de Su Señoría, el ilustrísimo parlamentario Mabe Godda.

—Sí, la cara de este soplacausas y la de Godda se parecen mucho —dijo Lérad, escupiendo una cáscara de semilla.

—Le ruego que cuide su lenguaje. Mi cliente es un miembro de la Asamblea Confederal y merece el máximo respeto.

—Está bien, déjale que se explique —rogué.

—Gracias —el abogado se tranquilizó ligeramente—. Le comunicaba a su irascible socio que la hipoteca que pesa sobre la nave propiedad de ustedes, número de serie HF-5844214251, ha cambiado de titular. El señor Mabe Godda compró legalmente en el mercado financiero el crédito que

garantiza la hipoteca, y que de acuerdo con la póliza del préstamo que ustedes concertaron con el Banco Mibantik, asciende al día de hoy a ocho millones seiscientos cincuenta mil doscientos veinte argentales, intereses incluidos.

—¿Tanto? —exclamó Lérad—. No puede ser, tiene que haber algún error.

—Me temo que han descuidado sus obligaciones últimamente —dijo el abogado con una sonrisa perversa—. En fin, mi cliente está interesado en saber cuándo le pagarán.

—Godda tendrá que esperar —respondió mi socio—. Ahora no tenemos fondos suficientes.

—Ésa es una excusa bastante inconcreta —el abogado meneó la cabeza—. No creo que a mi cliente le satisfaga.

—El banco no nos ha notificado la cesión de la hipoteca —alegué.

—No era necesario. De acuerdo con el contrato que firmaron con Mibantik, el banco se reservaba el derecho de vender su crédito sin comunicación previa al deudor.

Era sospechoso, muy sospechoso que precisamente Mabe Godda hubiera adquirido el crédito al banco. Se suponía que aquel granuja se habría informado de nuestra situación económica antes de realizar la operación. Nadie en su sano juicio compraría un crédito de más de ocho millones de argentales a sabiendas de que el deudor no podía pagar.

Eso nos dejaba sólo una alternativa: Godda pretendía ejecutar la hipoteca para quitarnos la nave. Era evidente que *Poderosa* no valía ocho millones, pero también resultaba obvio que Godda no habría comprado el crédito al banco por ocho millones, sino por mucho menos. Además, Godda deseaba desde hace tiempo vengarse de nosotros. No sé si he mencionado antes que ese tipo era un negrero que nos tuvo trabajando el doble del horario permitido por una miseria, durante nuestros primeros años en la profesión. Cuando conseguimos independizarnos, arrebatamos a Godda varios de sus mejores clientes, aprovechando la experiencia adquirida y algunos datos confidenciales que le sustrajimos. No crean que fuimos unos alumnos desagradecidos. Lo único que hicimos fue pagarle con la misma moneda que él utilizaba con todo el mundo. Para que se hagan una idea de quién es este individuo,

baste con mencionar que engañaba a sus propios padres. Godda y sus progenitores ostentaban un tercio del negocio cada uno. Lo primero que nos enseñó a Lérad, a Lubián y a mí fue a falsear contabilidades, para que en la distribución mensual de beneficios su parte quintuplicase la de sus padres, unas personas inocentes y amabilísimas que vivían totalmente ajenas a los trapicheos de su miserable hijo. Si edificó su fortuna con semejantes cimientos, no era de extrañar que hubiese llegado al Parlamento Confederal.

—Nadie nos quitará esta nave —dije.

—Estoy seguro de que podremos evitar ese desenlace —comentó el abogado con voz meliflua, pero sus palabras no sonaban sinceras.

—Dígale a Godda que le pagaremos treinta mil dentro de una semana —aseguró Lérad.

—Eso es muy poco.

—No tenemos más.

—Se lo haré saber, pero me temo que no les concederá un aplazamiento.

—Hablaremos con él —insistió mi socio.

—¿Para qué? —intervine—. No nos escuchará.

—Su señoría ilustrísima está siempre muy ocupado —dijo el letrado—. No les recibirá sin cita previa. Si piensan realizarle alguna proposición, háganmela saber y yo se la transmitiré.

—Cállese, no estoy hablando con usted —le cortó Lérad.

—Ni siquiera nos dejará pasar a su casa —advertí—. Ir a verle es perder el tiempo.

—Su compañero demuestra mejor juicio que usted —comenzó el abogado, pero Lérad apagó la telepantalla.

—Tenemos que intentarlo —me dijo mi socio—. He oído que anda escaso de naves.

—Claro, por eso quiere apropiarse de *Poderosa*.

—¿De qué le sirve nuestro carguero sin buenos pilotos? Godda tiene el personal justo, para ahorrarse salarios. Necesitará alguien que conozca esta nave para poder tripularla.

—Aunque le propusiésemos hacer algún trabajo para él, no se fiaría de nosotros —observé—. Yo en su lugar tampoco me fiaría.

—Sé que anda mezclado en negocios que le están haciendo ganar mucho dinero. Sería cuestión de ver qué puede ofrecernos.

—Cuenta con que serán ilegales. No, Lérad, es mejor que no le veamos.

—¡Pues claro que serán ilegales! ¿Acaso has olvidado cómo empezamos en esta profesión? No intentes escudarte tras tus escrúpulos de provinciano, porque por culpa de hacer remilgos a operaciones interesantes estamos ahora transportando bichos. Se ha hecho muy tarde. Tenemos que largarnos de aquí.

Iniciamos la secuencia de despegue. Los controles de vuelo se colocaron en verde, y un potente chorro de plasma surgió de las toberas. *Poderosa* se elevó con vacilación hacia el contaminado cielo de Dricon. Al abandonar la órbita del planeta, la computadora nos indicó que el acelerador cuántico se hallaba disponible para vuelo hiperlumínico, una vez que nos hubiésemos alejado lo suficiente de la estrella.

—Arreglaste esa avería demasiado pronto —dijo Lérad—. Seguro que no cogiste ni una sola pieza de la caja de repuestos.

Simulé no haberle oído. En el monitor de derrota apareció un mapa estelar, con la ruta a seguir destacada en rojo. Panadis Cove, un punto intermitente en el enjambre de soles, se hallaba a cuarenta y dos parsecs de distancia.

Dos horas después, nos habíamos apartado lo suficiente del sol de Dricon para poder saltar.

—Cuenta atrás de trescientos segundos —anuncié—. Calculados vectores de reentrada en posición cero siete veintitrés.

—Necesito una lectura de planos ortogonales y potencia cuántica máxima.

—En pantalla tres.

—Querías hacerme limpiar de babas verdes todas las piezas —advirtió Lérad—. Ten cuidado antes de acostarte,

Mel, porque puedes encontrarte en la cama una sorpresa viscosa y desagradable.

—No sé de qué me estás hablando.

—Mentiroso —Lérad se inclinó sobre los paneles—. Echa un vistazo a esos indicadores. Parece que la cubierta A pierde presión.

—Es por culpa del refrigerante que compraste en el puerto. Ya me extrañaba a mí que nos diesen seis bombonas por el precio de tres.

—¿Y qué esperabas? Hay que ahorrar hasta el último argental. Si queremos recuperarnos y salir de la ruina, tendremos que ver a Godda en cuanto acabemos este viaje.

—Pretende hundirnos. No sacaremos nada de él.

—Los negocios son los negocios. Si le somos útiles, dejará a un lado la antipatía que tú supones que nos tiene y accederá a escucharnos. Además, no puede hundirnos más de lo que estamos.

La computadora nos pidió confirmación para conectar la propulsión cuántica. Panadis Cove se hallaba a nuestro alcance, a unos pocos segundos de tiempo subjetivo. Si el salto concluía con éxito, claro.

—Allá vamos —Lérad confirmó la activación.

El espacio fluctuó a nuestro alrededor como un océano embravecido. Caímos por un pozo sin fondo, una ilusión óptica debida a los campos de distorsión que creaba la impulsión cuántica. Durante un tiempo infinitesimal no íbamos a estar en ninguna parte. Penetraríamos por uno de los poros del tejido espaciotemporal y eso nos haría desaparecer del mundo físico, antes de emerger en el punto de destino casi en el mismo instante. Si no entienden mis explicaciones, yo tampoco. Llevo diez años en esto y todavía no comprendo cómo se puede desaparecer del espacio, dejar de existir aunque sólo sea durante un nanosegundo, y emerger de nuevo como si tal cosa. Los físicos aseguran que la estructura del universo es como un colador, pero yo no creo en explicaciones tan simplistas. Y no me pregunten cómo se siente uno cuando deja de existir, porque un nanosegundo es un tiempo demasiado breve para disfrutar de la experiencia. Qué

absurdo, si se deja de existir, ¿cómo vas a contar después lo que no has visto?

Las pantallas de navegación anunciaron que el salto había concluido con éxito. Panadis Cove, un mundo mustio y poco atractivo para hacer turismo, nos daba la bienvenida.

La patrulla de aduanas nos informó del peaje que debíamos pagar por haber entrado en su jurisdicción.

CAPÍTULO 2

La carga de los animales nos dio pocos problemas. Las jaulas eran sólidas, y de su manipulación se encargó personal especializado. El individuo que nos firmó la carta de porte se mostró muy amistoso con nosotros. No podía disimular su alivio por quitarse a aquellas bestias inmundas de encima. Contemplé las jaulas desde una prudente distancia y traté de imaginar qué clase de público pagaría por ver semejantes engendros. Le pregunté al encargado si habían comido todos antes de embarcar, y me respondió que sí. Pero por el aspecto que tenían, diríase que no habían visto un filete desde hacía meses. Los animales se agitaban con inquietante furia en el interior de sus jaulas, y algunos ejemplares tanteaban con las garras el sistema electrónico de cierre.

—Estúpido —dijo Lérad a una especie de topo, que no paraba de gruñirnos desde que nos había echado el ojo—. Jamás podrás salir de la jaula por ti mismo.

—No tientes la suerte —advertí—. Ese topo no parece estar para provocaciones.

—Se llaman redones —dijo el encargado—. Son muy susceptibles. No deberían irritarles.

Lérad cogió un hierro y golpeó los barrotes de la jaula. A los topos se les erizó el pelaje y comenzaron a gritar histéricamente. El redón que mi socio había insultado sacó las uñas y le enseñó los dientes, grandes como puñales.

—Tiene buena dentadura —observó Lérad.

—Cuidado con *asesino*. Es el jefe de la manada y no aguanta bromas —dijo el hombre.

El redón sacó la zarpa por entre los barrotes y se la enseñó a Lérad, para que comprobase el filo de sus uñas.

—Un animalucho presumido —Lérad, se acercó a la jaula—. No me das miedo, chaval —el redón agitó con virulencia las zarpas, en un intento inútil por agarrarlo.

—Los animales y usted no congenian bien.

—Me gusta azuzarlos. Es una forma de mostrarles el sitio que les corresponde.

—En algunos lugares los emplean como guardianes —explicó el encargado—. La domesticación es una labor peligrosa y requiere paciencia, pero si se consigue, el resultado es un animal obediente con su amo e implacable con el enemigo.

—Yo no veo que sean tan fieros. Excepto este ejemplar, los demás dan la impresión de ser unos blandengues.

—Las apariencias engañan —advirtió el hombre—. Por pacíficos que parezcan, nunca le de la espalda a un redón. En su estado salvaje son unos animales traicioneros.

Quedaban todavía tres jaulas por cargar en *Poderosa*. Nos acercamos a la que contenía una clase de ardillas de gran tamaño. Los animales cuchichearon entre sí y uno de ellos, de pecho colorado, nos señaló con su mano dotada de seis diminutos dedos y un pulgar oponible.

—Son animales nocturnos. Se les conoce como constructoras de las praderas —explicó el encargado—. Deberían de ver algunos de sus laberintos de madera. Son sorprendentes.

—Más bien tendrían que llamarlas chismosas —observó Lérad—. Juraría que están murmurando acerca de nosotros.

La ardilla del pecho colorado dio un salto hacia los barrotes. Miró fijamente a mi amigo y le dijo:

—Ceno cada noche chulos como tú.

—¿Qué ha dicho? —Lérad dio un respingo— ¿Habéis escuchado lo mismo que yo? Lo último que me faltaba por oír era que una ardilla me insulte.

—Se me olvidaba —intervino rápidamente el encargado—. Las constructoras de las praderas son como loros. Pueden imitar la voz humana y poseen una memoria prodigiosa.

—No nos advirtieron que transportaríamos especímenes inteligentes —protestó Lérad.

—Las constructoras no son seres inteligentes. Se limitan a repetir lo que oyen. La frase que ha pronunciado debió escucharla de uno de sus cuidadores.

—Parecía demasiado específica —mi socio desconfiaba—. Me aludía directamente.

—Simple casualidad. Las constructoras pronuncian frases al azar, pero no comprenden lo que dicen.

—¡La comida que sirven aquí es pura bazofia! —chilló la ardilla.

—La culpa es de ese desgraciado de Brayn —respondió otra, que mordisqueaba pacíficamente unas hojas secas en el fondo de la jaula—. Nos quita parte de la paga para gastársela en putas.

—Tengo ganas de que al lameculos de Brayn lo manden al sistema Hidris de una vez. Aquí ya nos ha robado suficiente.

El animal de pecho colorado saltó hacia las hojas y las ardillas se enzarzaron en una pelea.

—Sí que tienen buena memoria estas chismosas —confirmó Lérad—. Hasta son capaces de reproducir una conversación. Por cierto, ¿quién es ese Brayn?

El encargado enrojeció de vergüenza.

Nos alejábamos de Panadis Cove a velocidad de escape gravitacional. El viaje hacia Dekoan VII sería largo. Había que realizar varios saltos complicados y la computadora necesitaba mucho tiempo para procesar los datos. En la cabina de mando, Lérad y yo aún nos desternillábamos de risa al recordar la cara de Brayn, puesto en evidencia por las constructoras de las praderas. Había que tener mucho cuidado con lo que se hablaba delante de aquellos animales. Además de memorizar los diálogos, también los reproducían como en una verdadera conversación. Comunicamos a Arnie que todo iba sin novedad, y que fuese preparando los treinta mil argentales que

nos quedaban por cobrar. Luego, y mientras el ordenador hacía el trabajo duro de astrogación, nos dedicamos a jugar unas partidas de cazadrillines. El juego estaba oficialmente prohibido por ser discriminatorio y atentar contra los derechos civiles de la especie, pero en la práctica las autoridades fomentaban su difusión. Si han tratado alguna vez con uno de estos seres de papada oscilante y lengua tumefacta, estarán de acuerdo conmigo en que nada mejor que una buena cacería electrónica para descargar contra ellos la agresividad acumulada. Y no me juzguen mal. El tratado Larman de cooperación fue firmado hace cincuenta años, bajo el mandato del presidente Olden, para apaciguar los ánimos en una galaxia hirviente de conflictos. Sus detractores lo criticaron porque Olden hizo demasiadas concesiones a las otras especies a cambio de nada. No sé si el tratado Larman sirvió para algo. Quizá se evitó una confrontación general, pero las disputas y escaramuzas no han cesado desde entonces. No se puede obligar al pueblo a tratar como iguales a los que hace apenas medio siglo eran nuestros peores enemigos.

Los drillines aparecían en pantalla y se movían endiabladamente rápido, tratando de huir. Cuando se les acorralaba, no se defendían con rayos láser o proyectiles de fragmentación, sino con salivazos que lanzaban a larga distancia con notable puntería. Si un escupitajo te alcanzaba, la energía de tu escudo se reducía un tercio. A la segunda flema, tu blindaje se colocaba en punto crítico y al tercer impacto eras destruido. Un circuito odorífero emitía un tufo insoportable cada vez que un salivazo nos impactaba, confiriendo a la lucha mayor realismo.

—Has dejado escapar al gordo que venía por la izquierda —advirtió Lérad—. Ahora nos cogerá por detrás.

—Tú ocúpate de ése del fondo. Yo seguiré al que se nos ha escapado a lomos del tapir.

Mientras giraba los mandos para cubrir la espalda de mi compañero, me pregunté cómo nos representarían los drillines en sus juegos. Su sadismo dejaría seguramente en mantillas a nuestras inocentes cacerías.

El jinete que había elegido como blanco descabalgó de su montura para poder apuntar bien, y acumuló saliva en su

bocaza preparándose para escupirme. Erré en el disparo y abaté al tapir, que se desplomó con un gruñido iracundo. Matar tapires no daba puntos; además, se desperdiciaban disparos.

La flema me pasó rozando. Era verdosa, grande y consistente. El circuito odorífero me transmitió una ráfaga nauseabunda que por fortuna se desvaneció rápidamente. Si hubiera acertado, me habría matado. Dirigí el punto de mira hacia el drillín, pero éste se ocultó tras una roca cubierta de moho y volví a fallar. Me quedaban dos disparos.

—Mira que eres torpe —dijo Lérad—. Ya me he cargado a tres y tú aún estás con ése.

El drillín alzó ligeramente la cabeza por encima de la roca. La punta de su cráneo en forma de pera sobresalía tentadoramente, invitándome a gastar otro disparo. En esa posición era difícil acertarle y él lo sabía. Yo, en cambio, me hallaba al descubierto, sumamente vulnerable a los salivazos.

—¡A la derecha! —gritó Lérad.

Me agaché demasiado tarde. Un compañero acudió en ayuda de su congénere y consiguió alcanzarme en el hombro. El tufo hizo caer de rodillas a mi personaje. El drillín jinete salió de su escondite y me remató con un escupitajo tan denso como no había visto nunca. Agradecí que la partida hubiese terminado para mí.

Supongo que llevarán un rato preguntándose cuándo van a escaparse los animales que cargamos en Panadis Cove. Bueno, ahora llega el momento, pero no se apresuren en echarme la culpa, porque les recuerdo que antes de partir arreglé las cerraduras, y de no ser por alguien —quizá un operario de Panadis Cove— que manipuló las claves internas de las compuertas, no se habrían escapado. El caso es que mientras nosotros perdíamos el tiempo matando drillines de pega, una mano negra se entretenía en desactivar por control remoto los sellos de unas cuantas bodegas.

—¡A tu espalda, a tu espalda! —volvió a gritar Lérad.

—El juego ha terminado —dije—. ¿Es que no has visto que me han matado?

Mi socio me indicó con el dedo que mirase. Me di lentamente la vuelta. Y allí estaba. Plantado en la puerta,

erguido sobre sus cuartos traseros, un redón adulto nos observaba con ojos de codicia, anticipando en su imaginación el festín que se daría a costa de nuestras carnes. El endemoniado topo abrió sus fauces, y no puedo decir que ese gesto me resultase indiferente porque mentiría. No olvidaba las advertencias de Brayn, y por la cara que ponía Lérad, deduje que él tampoco.

En la cabina de mandos no teníamos más pistolas láser que las que usamos en el juego, y no servían de mucho ante el ataque de bestias reales. El redón estudió sus posibilidades. Presumiendo erróneamente que nos haría trizas al primer bocado, se abalanzó sobre nosotros con excesiva precipitación. Lérad saltó hacia el techo, se asió de un grueso cable, y con sus pesadas botas de piel de zorra diniltiana golpeó en los hocicos al redón, lanzándolo fuera de la cabina.

—Aprovecha la ocasión para ir a la armería —apremió Lérad—. Yo me encerraré aquí hasta que vuelvas.

Salí al pasillo. El redón refunfuñó cuando pasé por su lado, pero no estaba en condiciones de atacarme. Lérad debía haberle partido varios colmillos, porque sangraba en abundancia por la boca. Corrí hasta las escaleras más próximas que conducían a la cubierta superior. Por los pasillos oía cloqueos, rugidos, graznidos, chillidos y otros sonidos poco gratificantes.

En el cruce de corredores que debía pasar antes de alcanzar la escalerilla escuché un sonido de pisadas presurosas, que se acercaban por todas direcciones. Tenía que arriesgarme. Sin mirar siquiera, corrí hacia la escala metálica y me apresuré a subir lo más deprisa que pude. Sentí las pisadas a mi espalda, un torpe plaf plaf, como el ruido de unas chanclas. Algo tiraba de mis pantalones dificultándome la subida. Agité las piernas para sacudírmelo, pero el animal era duro y no estaba dispuesto a soltarme. Ya sólo me faltaban tres peldaños para llegar a la cubierta A. El tejido de mis pantalones —que por cierto, había estrenado hace apenas un mes— empezó a ceder. Eché un vistazo hacia abajo y vi algo parecido a una avestruz enana, que me había atenzado tercamente la pantorrilla.

Otra avestruz me estaba esperando al final de la escalerilla, y en cuanto vio asomar mis manos, empezó a picoteármelas como una condenada. Logré desembarazarme de la que se había enganchado a mi pierna, y acto seguido repartí puntapiés a diestro y siniestro a las que me esperaban arriba. Las avestruces enanas podían tener un pico enorme, pero al menos no estaba lleno de dientes. Gracias a eso pude enfrentarme cómodamente con ellas y darles su merecido por haber roto mis pantalones nuevos. Los animales salieron huyendo, graznando de dolor. Los que se habían quedado en la cubierta inferior no podían subir por la estrecha escalera. Me asomé por el hueco y vi una docena de cráneos mundos moviéndose nerviosamente. Alzaron a un tiempo los picos al oírme. Eran unos seres escandalosos. Comenzaron a gritar y a hacer castañetear sus enormes picos de pato, retándome para que bajase. Conté por lo menos una docena de cabezas. Cogí un tornillo que encontré por allí y lo arrojé contra los plumíferos, acertando a uno en pleno cogote. El animal chilló, enfurecido, pero a excepción de quejarse no podía hacer mucho más.

Llegué a la puerta de la armería y tecleé el código de acceso. La cerradura no mostraba signos externos de haber sido alterada, aunque yo no me fiaba. El interior de la habitación parecía en orden. Cogí dos pistolas láser, cuatro unidades de recarga, y por si eso fallaba, un par de buenos cuchillos. Sin embargo, antes de salir caí en la cuenta de que si nos liquidábamos a parte de nuestra mercancía, no cobraríamos el flete. Arnie fue muy explícito al respecto. Nos quedaríamos sin los treinta mil que aún nos faltaban por cobrar, y además tendríamos que devolver el anticipo percibido. Movidio por estas reflexiones, añadí a mi arsenal un rifle paralizador con su correspondiente unidad de repuesto, y lo coloqué todo en una canana que me ceñí al pecho.

Dos constructoras de las praderas me esperaban a la salida.

Las ardillas no daban signos de inquietud al ver las armas. Una, la del pecho colorado, avanzó un paso y me miró fijamente.

—Ceno cada noche chulos como tú —dijo.

El animal no era tan inteligente como había supuesto, después de todo. Lo aparté de un puntapié y seguí mi camino.

—Ya estamos hartos de que ese cerdo se quede con nuestro dinero —dijo otra—. Démosle su merecido.

Las dos ardillas saltaron sobre mi espalda, mordiéndome en el cuello. Malditas bestezuelas, quizás había juzgado su estupidez con ligereza. Agarrándolas de la cola, las arrojé contra la pared con fuerza, pero los animales se las ingeniaron para enderezar su cuerpo durante el vuelo, de modo que amortiguaron el golpe con las patas y cayeron al suelo sin un rasguño.

—Vas a pagar esto que acabas de hacer —dijo el ejemplar del pecho rojo. Me estremecí. Se suponía que no eran seres inteligentes, pero aquello que había dicho no podía ser una frase dicha al azar.

—Lo siento, pero la conversación ha terminado —les lancé una ráfaga paralizadora. Logré aturdirlos, aunque mi dicha iba a durar poco: un solenoide del dispositivo de disparo se sobrecalentó y el rifle empezó a echar humo. Dios, estos trastos siempre se estropean cuando vas a echar mano de ellos; y el único rifle que estaba en buen estado era el que había cogido.

Me quité el arma de la canana y medité sobre cómo regresar a la cabina de mandos. No podía bajar por donde había venido. Me estarían esperando las avestruces enanas, y probablemente también una manada de redones hambrientos. Lo mejor sería utilizar los conductos de ventilación del techo. Me arrastraría por los túneles y desembocaría en la cabina de mando. Ya sé que es una idea poco original, pero no se me ocurrió otra mejor. En teoría, parecía sencillo.

En la práctica, no lo fue tanto. Los túneles del aire estaban llenos de porquería. No los habíamos limpiado desde que compramos la nave, y de eso hacía ya varios años. Otra desagradable sorpresa fue el hallazgo de líquenes fosforescentes, que se adherían a mis ropas y entraban en reacción con el tejido sintético de mis depauperados pantalones. Utilizar los conductos del aire había sido un grave error, pues además de embadurnarme hasta las cejas de polvo, carbonilla, líquenes y toda clase de pequeños parásitos, en

lugar de regresar a la cabina de pilotaje aparecí en la parte opuesta de la nave, tan desorientado como un Pajuh en medio del desierto. Había tomado el camino equivocado en una bifurcación, y desemboqué en una gran bodega donde un par de osos con cuernos se hallaban enzarzados en una batalla feroz. Caí justo encima del lomo del más corpulento. El monstruo pegó un brinco y me despidió contra una pared. Cojeando, pero por mis propios medios, pude salir del recinto antes de que las bestias reparasen de nuevo en mí. Los osos cornudos se hallaban demasiado ocupados solucionando sus diferencias como para prestarme atención, lo cual me brindó la oportunidad de sellar la puerta de la bodega y fundir los cables con un disparo de láser. Para volver a abrirla se necesitaría sustituir las conexiones. O reventarla a empujones. Si los osos se empeñaban, saldrían fácilmente de allí dando unos cuantos cabezazos a la compuerta. Mejor no pensar en ello.

La algarabía de todo un zoo disfrutando de su primer día libre se dejaba sentir en cada dependencia de *Poderosa*. Arrastrando mi pie izquierdo, proseguí mi penosa andadura hacia la cabina de mandos, que ahora se me antojaba a una distancia infinita. Un pajarraco me pasó rozando y se perdió en la oscuridad del corredor. Peligros ocultos y alimañas con garras y dientes me acechaban desde los rincones. En cada cruce de pasillos, me preparaba con la pistola para asar a cualquier bicho que intentase sorprenderme. Al diablo con la carga. Mi vida valía mucho más que sesenta mil argentales.

Llegué a mi destino más pronto de lo que calculé, friendo por el camino a un par de puercoespines babosa que me salieron al encuentro. Otros animales, conscientes de que yo iba bien armado, eludieron sabiamente el enfrentamiento, pero no los puercoespines, que confiaban con optimismo en su coraza de espinas envenenadas. Pegados al techo, esperaban que pasase por debajo de ellos para lanzarse sobre mí, pero los abatí una décima de segundo antes de que lograsen su objetivo. Otros cuantos que se hallaban por las cercanías huyeron como sabandijas al contemplar la masacre.

Un redón montaba guardia delante de la puerta de la cabina de mandos, y al verme me lanzó un gruñido de advertencia. Le respondí con una descarga de energía. Mi

moral recuperaba sus niveles de costumbre. Volvía a tener el control de la situación.

—¿Qué te ha pasado? —me dijo Lérad.

—Oh, sólo unos pequeños rasguños. Tuve que enfrentarme a un grupo de gorilas mabús en la cubierta A, pero pude con ellos.

—Y esos mordiscos del cuello ¿también te lo hicieron los gorilas mabús?

—Sí, ejem, será mejor que sellemos este compartimiento y nos demos prisa para llegar a Dekoan VII. Toma —le lancé una de las pistolas—. Las necesitaremos. Alguien ha manipulado las claves de las cerraduras.

—¿Por qué te has traído una pistola nada más, Mel? ¿Qué hay de la tuya?

—La llevo en la canana, no te preocupes —me palpé el cinto, pero no la encontré.

Detrás de mí escuché el siseo de una puerta que se abría.

—Cada noche ceno chulos como tú.

—Otra vez no —suspiré.

—Brayn, puerco, he venido a cobrar lo que me debes.

La ardilla del pecho colorado nos amenazaba con la pistola láser, que me había hurtado con elogiabile habilidad en la escaramuza de la armería.

—Vale, vale, te daremos una ración extra de hojas secas, pero dame ese chisme —Lérad dio un paso hacia ella. La constructora de las praderas alzó el arma, consciente del poder que encerraba aquel artefacto.

—Quiero el dinero ahora. Basta ya de excusas —insistió la ardilla.

—Bueno, ya me he hartado de juegos, chismosa.

—¡Espera!

—¿De qué tienes miedo, Mel? Ese roedor no sabe utilizar una pistola láser. Lo único que quiere es jugar con nosotr...

Un brevísimo fognazo convirtió en cenizas nuestra máquina más preciada: la del café con ron.

—Esos mordiscos del cuello no te los dieron los gorilas mabús —dijo Lérad.

—Si me hubieran mordido los gorilas, me habrían decapitado.

La ardilla se paseó por la estancia, dando pequeños saltitos. De un brinco se encaramó al asiento del copiloto y se inclinó sobre la consola de navegación.

—¡No toques eso, desgraciada! —gritó Lérad. La ardilla pulsó el gatillo del arma, y esta vez voló el armario donde guardábamos nuestra provisión de tabaco. La constructora de las praderas le había cogido el gusto a su nuevo juguete.

—Habrás que probar otra táctica —busqué en mis bolsillos algo de comida. Encontré media tableta de chocolate—. Eh, nena, mira lo que tengo para ti.

—Idiota, es vegetariana —me espetó Lérad.

La ardilla ignoró mi chocolate, pero se sintió atraída por el olor del tabaco quemado y se acercó a los restos del armario, a curiosear. Sería su perdición.

Mi socio aprovechó ese momento para dispararle. No acertó, pero consiguió que el animal se asustase y soltase el arma. La ardilla corrió a refugiarse bajo el asiento del copiloto.

—Brayn, tengo pruebas de que nos estás estafando —el animal continuaba repitiendo la perorata de siempre—. Hablé con una fulana del barrio sur. A tu esposa va a interesarle mucho lo que yo sé.

Surgieron chispas del panel de mandos. La ardilla andaba zarceando en los cables. Había encontrado una nueva diversión para fastidiarnos, y desde su posición no podíamos disparar contra ella sin dañar también la consola de control.

La habitación quedó a oscuras unos segundos, al tiempo que se escuchaba un chillido. Cuando las luces de emergencia se activaron, nos agachamos a ver qué había ocurrido con nuestro intruso. Adivinan bien: la constructora de las praderas se había electrocutado.

—Esta ardilla chismosa ha pasado por fin a mejor vida —corroboró Lérad al sacarla de su escondite—. Pediremos una indemnización a Brayn por no advertirnos que era inteligente. Si no nos paga, le amenazaremos con divulgar lo que nos ha contado la ardilla.

—Alguien nos ha gastado una mala pasada —dije—. Un empleado de Brayn debió manipular los conmutadores de las bodegas mientras estábamos en tierra.

—Ha sido Lubián, ese sinvergüenza. O él, o la rata de su socio.

—No vi ningún rudeario entre los empleados.

—Tendrán un contacto en Panadis Cove.

Las disputas entre Lubián y nosotros venían de antiguo. Cuando decidimos independizarnos de Mabe Godda, alquilamos entre los tres nuestro primer carguero y fundamos una pequeña sociedad. No fue fácil encontrar una nave, ya que nadie estaba dispuesto a alquilar cargueros a los novatos; además, Godda usó su influencia contra nosotros para evitarlo. Pero al final conseguimos el arriendo de una nave roñosa, que nosotros libramos del desguace, y nos pusimos a trabajar. El primer error que cometimos fue confiar a Lubián la parte administrativa del negocio, como la contabilidad y la tesorería. El segundo error, no haberlo estrangulado cuando nos dimos cuenta de que nos estaba robando.

Lubián demostró que había asimilado con provecho los trucos marrulleros que Godda le enseñó. En las rendiciones de cuentas semanales nos iba escamoteando un poco cada vez; luego, ese poco se fue incrementando con el tiempo, y llegó un momento en que lo quería *todo* para él. Lo demandamos judicialmente, pero Lubián no había dejado rastro alguno de sus defraudaciones, y la causa se sobreseyó por falta de pruebas sin llegar a juicio. No conforme con eso, Lubián contraatacó y nos demandó por denuncia falsa, solicitando daños y perjuicios por haber mancillado su buen nombre. Sí, como lo oyen. El juez nos condenó a pagarle diez mil argentales por haberle excluido de la sociedad sin causa legítima, y cinco mil más por daños morales. Aquello fue demasiado. Lubián se reía delante de nuestras narices y aún teníamos que pagarle. La situación era insostenible. Había que dar a Lubián un buen escarmiento.

Después de lo que nos había hecho, era lógico que nadie quisiese juntarse con aquel facineroso. Así, Lubián no tuvo más remedio que asociarse con la rata de Neio. A nadie le gustó ver pasearse a un rudeario por la sede del Sindicato, y

Lubián fue muy criticado por tal motivo. Aprovechamos el clima de malestar existente para llevar a cabo nuestra venganza.

Misteriosamente, comenzaron a circular de mano en mano unas fotos que mostraban a Lubián en posturas impúdicas con el ruderario. El sexo con alienígenas es todavía un tabú en nuestra sociedad. Llevamos relativamente poco tiempo conviviendo con otras especies inteligentes y aún no nos hemos acostumbrado a su presencia. Por este motivo las fotos fueron muy celebradas entre nuestros colegas. La falsificación era de impecable factura —nuestro buen dinero nos había costado—, y Lubián no pudo demostrar que estaban trucadas hasta meses más tarde, cuando ya todo el mundo lo consideraba un depravado, indigno de pertenecer al Sindicato, y le volvían la espalda.

Lubián acudió a un abogado, el mismo que le hizo ganar el pleito contra nosotros, pero en esta ocasión no pudo hacer nada, porque nos preocupamos bien de no dejar una sola pista que nos señalase como autores de las fotos. Si se atrevía a denunciarnos sin pruebas, que se atuviese a las consecuencias. Pero Lubián no nos denunció; en lugar de eso esperó pacientemente a que llegase la ocasión para sacarse la espina. Creímos que provocando la avería de nuestro propulsor cuántico en Norasai III se daría por satisfecho, pero estábamos equivocados. Si algo conocíamos de Lubián era que jamás se daba por satisfecho.

Golpes enérgicos se escuchaban tras la compuerta. Pensé en los osos cornudos. Si se escapaban de la bodega y encontraban el camino a la cabina de mandos, se acabó. Eso si antes no abrían un agujero en el casco y salíamos todos despedidos al espacio por la descompresión. Me imaginé a redones, chismosas, avestruces y osos cornudos girando en torno a *Poderosa*. Un verdadero espectáculo circense.

—Aquí dentro estamos seguros —opiné yo—. Supongo.

Lérad miró con recelo la puerta. No confiábamos mucho en su resistencia. Nuestro carguero no estaba hecho precisamente con los mejores materiales.

—Me sentiría más tranquilo si hubiésemos llegado ya al zoo de Dekoan —comentó Lérad.

—Podríamos adelantar el salto. Consulta la computadora.

—Veamos...¿Qué demonios es esto?

—¿El qué? —presentí que los osos habían entrado en el cuarto de máquinas, haciendo puré los generadores.

—Fallo en el cuarto de máquinas. Los acumuladores pierden potencia. Tú tienes la culpa, Mel. Tú y tus chapuzas. ¿Qué vamos a hacer ahora? El generador cuántico se ha vuelto a averiar y tenemos la nave llena de bichos —la compuerta vibró inquietantemente.

—Espera —conecté la cámara de televisión de la sala de popa. El cuarto de máquinas estaba tranquilo. Ningún animal correteaba por allí—. No lo entiendo.

—¿No lo entiendes, bellaco? Yo sí que lo entiendo. Haces cuatro remiendos en la maquinaria y encima te las das de genio de la electrónica. Un pocero lo habría hecho mejor.

—Algo no encaja. Comprobé la reparación en la consola de operaciones antes de salir de Dricon.

—Menuda comprobación, tío listo.

—Mira en la pantalla. Allí se mueve algo —activé el zoom de la cámara—. Unas minúsculas formas reptantes se destacaron entre las conexiones—. Ahí lo tienes. Los gusanos que encontramos en la caja de herramientas se están comiendo los cables.

—¿Qué? —Lérad miró incrédulo la pantalla—. Es igual, tú sigues teniendo la culpa por no haber cerrado la caja cuando acabaste.

—El caso es que alguien tendrá que ir a la sala de máquinas y empalmar los cables. Ya que soy tan torpe, confío en tu habilidad para esa tarea.

—¿Estás de broma? No voy a ir hasta la sala de máquinas con lo que nos espera fuera.

—Pues alguien tendrá que hacerlo.

—Tú, Mel, tú tendrás que hacerlo. Eres el único que está capacitado para reparar la maquinaria. Yo me haría un lío con los cables y soldaría el que no es.

—Pero si acabas de decir...

—No importa lo que acabo de decir. Eres el culpable y debes hacer el trabajo.

—Me niego a abrir la puerta.

—No tienes por qué abrirla —Lérad señaló la rejilla de ventilación—. Date prisa. Los redones están hambrientos.

—Me perdí la última vez que usé las conducciones de aire. No encontraría el camino.

—Descuida —Lérad obtuvo del ordenador un plano de los túneles de refrigeración—. Con esto no te perderás, amigo.

Nuevos golpes en la puerta nos recordaron que disponíamos del tiempo justo. Discutir acerca de quién debía ir a la sala de máquinas era un lujo que no podíamos permitirnos. Además, Lérad estaba en lo cierto: su ineptitud en la electrónica era un hecho suficientemente demostrado. Sería más que probable que mi torpe amigo cometiese alguna equivocación y provocase el incendio del generador.

—Yo iré —decidido, me encaramé a la rejilla del aire y solté los tornillos de sujeción—. Para esta tarea no se puede confiar en ti, manazas.

—Estoy de acuerdo —convino Lérad, sonriente—. Pero te olvidas de un pequeño detalle.

—Cuál.

—La pistola láser. No pretenderás llevártela y dejarme aquí desarmado. La cabina de control es el punto neurálgico de la nave. La puerta no aguantará mucho, y si los animales consiguen entrar, destrozarán la computadora.

—Apáñatelas como puedas. Yo también necesito el arma. Claro, que si prefieres ir tú a la sala de máquinas, por mí encantado.

—Bueno, bueno, llévatela. Pero antes podías cambiarte de pantalones. Vas hecho un desastre.

Me palpé los pantalones. Los líquenes habían practicado óvalos y círculos perfectos de diferentes tamaños. Para ser simplemente líquenes, tenían una idea bien definida acerca de cómo estropear una prenda con estilo.

—No voy a una fiesta de etiqueta.

—Yo lo decía por los animales. Algunos podrían, em... *acalorarse* al verte con esa pinta.

—Vete al diablo, Lérad.

Me introduje en el conducto del aire. Tardé poco tiempo en lamentar haber ignorado el consejo de mi amigo y no

haberme cubierto, aunque sólo fuese con trapos. Y no crean que me encontré en los túneles con algún animal libidinoso, nada de eso.

Se trataba de un picor intenso que ascendía lentamente por mis piernas.

CAPÍTULO 3

La cura fue como una tortura drillín. Se supone que en siglo XXV, la medicina debería tener remedio contra un simple sarpullido, pero lo cierto fue que las pomadas y las medicinas que me recetaron no consiguieron que pudiese sentarme durante mucho tiempo sin que sintiera un escozor terrible. No les comentaré cómo quedó mi trasero después del ataque de los líquenes, porque supongo que no estarán interesados en escuchar detalles sórdidos, pero les aseguro que los hongos voraces de Wonsa son una caricia amistosa comparado con lo que sufrí en mis propias carnes. Ignoro cómo llegaron a parar los líquenes a los conductos del aire. Lo más probable es que se tratase de restos de esporas de cargamentos anteriores.

Bien, si les estoy contando esto, habrán deducido que conseguimos llegar a nuestro destino sin que los redones logran hincarnos el diente. Los encargados del zoo de Dekoan nos amenazaron con no autorizar el pago del resto del flete, tras comprobar con el conocimiento de embarque que faltaban algunos animales; pero bastó una llamada a Brayn para que éste diese su visto bueno sin ningún impedimento. Las ardillas chismosas resultaron más útiles que una póliza de seguro a todo evento.

Las autoridades aduaneras tampoco nos azuzaron demasiado. Revisaron la carga desde bien lejos con un haz explorador y estimaron sabiamente que sería mejor no acercarse. Los muy canallas ni siquiera atendieron nuestra llamada de auxilio. Les pilló por sorpresa que alguien se dirigiese a ellos para *pedirles* algo, cuando únicamente estaban

acostumbrados a recibir, y que esa petición consistiese en lo que todas las naves que llegaban al sistema se empeñaban en evitar: el abordaje de una patrulla armada. Nos abandonaron a nuestra suerte con la esperanza de que las bestias nos devoraran, y así poder irradiar la nave con neutrones para matar la carga y apoderarse cómodamente del carguero.

Pero no les dimos esa alegría. Con dinero fresco en el bolsillo, pagamos en Dekoan una limpieza a fondo de la nave y reparamos los destrozos que las belicosas criaturas habían causado. *Poderosa* no parecía la misma cuando los robots acabaron su tarea. Incluso olía bien por dentro, extraña sensación a la que nos costó habituarnos. También compramos un robot auxiliar que ayudara en las reparaciones y que mantuviese la nave en un estado decente. Tenía un aspecto de araña poco atractivo, pero cumplía sus funciones con diligencia y era capaz de subir a los lugares más inaccesibles gracias a sus patas articuladas.

Lérad se empeñó en regresar a Dricon para hablar con Mabe Godda. No sé por qué motivo, pero mi compañero insistía en su creencia equivocada de que aquel filibustero metido a político nos concedería un aplazamiento en el pago. Mi socio sugirió que le entregásemos la mitad de lo ganado en este viaje, como prueba de que pensábamos pagar. No me agradaba tener que dar treinta mil argentales para aplacar la avidez de aquella piraña, con lo que nos había costado ganarlos. Godda jamás se hartaba, y cuanto más le ofreciésemos, más querría. Pero como además habíamos quedado con Andrich en Dricon para hablar acerca de un trabajo que nos iba a proponer, accedí a volver a la infecta y populosa capital de la Confederación.

A mediados del siglo XXII, los excesos del gobierno central terrestre levantaron una oleada de protestas en la república colonial que con rapidez se expandía por la galaxia. En aquella época, el viaje hiperespacial era una empresa peligrosa que se cobró numerosas víctimas. Los motores cuánticos estallaban al menor error en el cálculo del salto, y una sola explosión era capaz de crear una discontinuidad en el espaciotiempo que, a modo de un poderoso atractor, absorbía cuanto se encontrase a su alrededor. Si una escuadra saltaba al

hiperespacio y explotaba el generador de una fragata, toda la escuadra desaparecía en un instante. ¿Adónde iban? Nadie lo sabía. Tal vez a ninguna parte.

Los colonos de la periferia no estaban muy contentos con el trato que recibían del gobierno terrestre, autoritario y poco amigo de hacer concesiones. Como ya ha ocurrido otras veces a lo largo de la historia, los colonos intentaron independizarse. Contaban a su favor la distancia que les separaba del sistema solar, y los peligros que encerraba el viaje interestelar. Aparte, idearon algunos trucos creativos para mantener a raya a los buques que conseguían llegar a sus mundos, como los distorsionadores de masa, que creaban pequeños "poros" en la curvatura espacial. Cuando una nave, al efectuar un salto, reingresaba al espacio normal, su curso se desviaba hacia el poro y era proyectada a diez mil años luz de distancia. Las probabilidades de que el motor cuántico estallase durante esta operación era altísima, de ahí que atacar las colonias de la frontera fuese una operación suicida.

Tras una guerra que duró tres años, se firmó la paz después de arduas negociaciones, en las que cada parte se vio obligada a ceder en sus pretensiones. Y como testimonio de que la situación iba a cambiar, la capital de la república fue trasladada a Dricon, un planeta situado en el eje de las principales rutas comerciales.

Un siglo después, Mauris Radllo volvería a dar otra vuelta de tuerca de autoritarismo, en esta ocasión con mayor fortuna. Durante el mandato de Mauris, la república disfrutó de una relativa paz, si bien las tensiones se manifestarían con efectos retardados en una serie de luchas intestinas que alcanzaron su máximo apogeo a la muerte del presidente. Luego vendría Olden y su idea de una Confederación de sistemas libres. Pero sigamos con lo que les estaba contando.

Godda accedió a recibirnos sin cita previa, en contra de lo que su abogado nos había asegurado, lo cual me daba mucho que pensar. Sospeché que Lérad me estaba ocultando algo, y no debía ser nada bueno si estaba relacionado con aquel truhán.

Un mayordomo nos condujo a una sala circular ricamente adornada con espejos multicolores y maderas

nobles. Nos preguntó si queríamos tomar algo. Yo rehusé, pero Lérad pidió té con pastas. Un reloj de pared marcó las nueve en punto, hora local de Dricon.

—Su ilustrísima les recibirá enseguida —dijo el mayordomo, sirviendo el té a Lérad con profesional elegancia—. ¿Desea un poco de leche, señor?

—No, gracias, puede retirarse.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó.

—Qué pingüino tan servicial —observó Lérad—. ¿Has visto su traje? Godda debe haberlo robado de un museo —señaló con un gesto vago los espejos multicolores, añadiendo:— junto con todo lo demás.

—No necesita robarlo. Ahora puede comprar un museo entero, o los que le plazcan.

El reloj marcó las once, y Godda seguía sin aparecer. Lérad llamó al mayordomo.

—¿Desea algo el señor?

—Sí, nos dijo que su jefe no tardaría en venir, y ya han pasado dos horas.

—Le ruego que me disculpe, pero su ilustrísima ha debido atender un asunto relacionado con la Asamblea que no admitía demora. Le serviré otra taza de té.

—A cualquier cosa le llaman té aquí —masculló Lérad—. No tomaré nada. Dígame a Godda que tenemos prisa.

El mayordomo se fue, esta vez sin reverencias. Godda no nos recibió hasta pasada la una del mediodía. Nos había hecho esperar cuatro horas, seguramente para nada.

El despacho del mercader guardaba la misma línea ostentosa que el resto de su residencia. Un escritorio de mármol duano en forma de media luna presidía la estancia, grande como un salón de baile. Del techo colgaba una lámpara de siete brazos, adornada con orlas de cristales y prismas de diamante. Según el ángulo en que se la contemplase, el aspecto de la lámpara cambiaba. Los muebles eran un combinado de diversas épocas, desde un armario Luis XV o una mesita toscana, hasta un tresillo Nobi Gleaner de finales del siglo XXIII. Tomamos asiento en unos sillones de piel de bilassai, especie en vías de extinción del planeta Amnas, una

rareza cuya captura estaba rigurosamente prohibida. En el mercado negro alcanzaba precios astronómicos.

—¿Te gustan mis sillones, Meldivén? —preguntó Godda, satisfecho de que hubiese reparado en una de las piezas más caras de su imponente despacho.

—La caza del bilassai está castigada con la cárcel —contesté secamente.

Godda sonrió, remarcando las arrugas que surcaban su rostro sesentón. Los prismas de la lámpara arrancaron un destello a su calva, lustrada con ungüentos exóticos quizá con la vana esperanza de que le volviese a crecer el cabello. Godda padecía una enfermedad capilar congénita, que le había dejado sin un pelo en todo el cuerpo. Había recurrido a los mejores médicos y probado injertos, tratamientos de microestimulación e inoculaciones subcutáneas; pero no habían dado resultado.

—La prohibición rige únicamente en Amnas —dijo nuestro anfitrión—. Allí tienen mentalidad pueblerina. ¿Qué importa un bilassai más o menos, comparado con la infinitud del espacio?

El muro sur se desvaneció, y una imagen tridimensional de la espiral galáctica lo reemplazó. Soles y nebulosas giraban lentamente en torno al resplandeciente y masivo centro, una agrupación de estrellas apiñadas como un racimo de uvas.

—Meldivén, en la Vía Láctea hay tantos seres vivos merecedores de nuestra atención, que ciertamente la piel de un bilassai es una causa demasiado trivial para luchar por ella.

—Supongo, ilustrísima, que su cargo de parlamentario confederal le permite observar la realidad desde una perspectiva superior.

—Advierto cinismo en tus palabras —Godda me miró fríamente.

—No le haga caso —intervino Lérad—. A mí me gustan mucho estos sillones. Y tiene usted razón, qué importan unos cuantos bilassai más o menos. Esos animales nacieron para tapizar con su piel sillones como éste.

—Malinterpretáis mis palabras. Me refería a la cantidad de sufrimiento que existe en nuestra sociedad. Cientos de miles de seres humanos mueren cada día en nuestra galaxia.

Enfermedades, hambre, guerras. Para toda esa gente desgraciada, la vida no merece la pena.

Es evidente que tú no te encuentras entre ellos, pensé.

—Por eso hablaba de la insignificancia de los bilassai, comparados con la tragedia diaria que se vive en los mundos confederados. Como parlamentario, hago lo que está en mi mano para aumentar el bienestar de nuestros infortunados ciudadanos; aunque lamentablemente no es mucho. La máxima de Eos Biln, nuestro nuevo presidente, es luchar por una sociedad donde la igualdad y la justicia social prevalezcan sobre los privilegios. Los ciudadanos deben ser iguales en derechos y obligaciones, con independencia del lugar donde nazcan —la Vía Láctea fue sustituida por una imagen de un suburbio cualquiera. Niños desnutridos, basura, chozas destartaladas, barro y podredumbre por las vías—. Esto que veis aquí es un barrio marginal de Tirras. Quiero erradicar todo eso, sustituirlo por viviendas dignas y limpias, con las dotaciones y servicios que cualquier ciudadano se merece, al margen de sus recursos económicos.

Sorprendente. Las elecciones habían concluido hace tres meses. ¿A quién quería engañar Godda con aquel discurso? No vi a ningún posible votante por allí cerca. A lo mejor sufría de ramalazos de verborrea electoral de vez en cuando.

—Será una empresa que me costará mucho dinero. En fin, soy un sentimental.

Godda se dirigió hacia el holograma, que había invadido el centro de la sala, y ahora ofrecía una panorámica del suburbio desde el aire. El político se agachó con dificultad a causa de su voluminoso vientre, fruto de sus incontables excesos gastronómicos, y frotó con la palma de la mano los techos de las chozas. Éstas se esfumaron. De los solares nacían resplandecientes edificios que cobraban forma de acuerdo con las manipulaciones de Godda. Un toque aquí, y la cúpula de una torre era modificada; un roce con el dedo allá, y dos columnas de acero ascendían al cielo poblándose de ventanas y luces. El suburbio fue reemplazado en pocos segundos por edificios de apartamentos, jardines y zonas de esparcimiento.

—Tiene usted un corazón de oro —dijo Lérad—. Me enorgullece saber que es miembro de la Asamblea. Con hombres como usted, el destino de la galaxia está en buenas manos.

—Gracias, gracias —Godda inclinó levemente su calva.

—Conocemos su espíritu magnánimo, su sensibilidad hacia los problemas de los demás. Por eso hemos venido a verle.

—Sé a qué habéis venido. Queréis un aplazamiento en el préstamo.

—Antes que nada debe saber que si existieron algunas diferencias que nos enfrentaron en el pasado, están olvidadas. Completamente olvidadas.

—Tu socio calla. ¿Debo interpretar su silencio como asentimiento, o como un signo de hostilidad?

—Suscribo la opinión de Lérad —dije muy a mi pesar.

—No suena convincente —Godda se frotó su gruesa y colorada nariz. Pulsó un botón y el holograma desapareció—. Pero estaría dispuesto a concederos un aplazamiento, a cambio de que realicéis unos cuantos transportes para mí. ¿Habéis oído hablar de los neuros?

—Según tengo entendido, son ilegales —adelanté.

—Meldivén, deberías haberte dedicado a otra profesión —Godda suspiró con fastidio—. En este mundo, lo que hoy es ilegal, mañana puede dejar de serlo, y desde mi *perspectiva superior* en la Asamblea creo estar más capacitado que tú para asegurarlo.

Lérad me hizo un gesto para que me callase.

—Cierto que los neuros están prohibidos, de momento, pero se trata de meros papeleos administrativos —continuó Godda—; ya sabéis, controles de calidad y detalles por el estilo. Sospecho que algunas intercompañías están presionando al departamento de Sanidad para que retrase el visto bueno, pero el avance de la ciencia es imparable, y los neuros serán legales dentro de poco —el político se retrepó en su sillón, observándonos con suficiencia—. Os estaréis preguntando qué tiene que ver mi charla acerca del sufrimiento de los pobres con los neuros.

—Sí, es una relación intrigante —murmuré, intuyendo adónde pretendía llegar aquel mezquino.

—La ciencia tiene el deber de mitigar el dolor humano. Desde el Acta de libertades civiles firmada en el año 2269, el comercio de drogas es legal. Los asamblearios de la época elevaron a derecho cívico fundamental el de abusar del propio cuerpo.

Que incluía también el de envenenarlo. Esa era la argumentación oficial, pensé, pero la causa de fondo fue otra: el gobierno estaba sin blanca —más o menos como ahora; los administradores públicos no suelen ser buenos gestores—. Dado que el tráfico de drogas movía sumas de dinero muy apetecibles y estaba fuera del control policial, los dirigentes decidieron hacerse con el monopolio. Los precios en los mercados subterráneos se desplomaron y el gobierno se convirtió en el proveedor exclusivo. Si creen que con esos ingresos extra, las arcas públicas se llenaron y las ganancias revirtieron en beneficio de la sociedad, entonces les recomiendo la lectura de la *Guía de saqueadores, políticos y tunantes* de Cyrus Tanes, que les abrirá los ojos a una nueva realidad. Unos años más tarde, los tribunales anularon el monopolio al dictaminar que restringía la libre competencia. Las intercompañías privadas se repartieron desde entonces el sabroso pastel. Y ahora venía el argumento de Godda. Si las drogas eran legales desde hacía dos siglos, ¿por qué no los neuros?

—Los inductores neurales son el fin del dolor —decía Godda—, y harán más soportable la existencia a muchos ciudadanos. Del tamaño de una cabeza de alfiler, se implantan en el córtex y desde allí pueden modificar toda la química del cerebro. No hay que introducir en el organismo sustancias extrañas: el neuro se encarga de fabricar las drogas partiendo de la química cerebral. Nuestra cabeza es una eficiente planta procesadora de estimulantes. ¿Para qué comprar drogas, si nuestro propio cerebro puede sintetizarlas?

—Pasará a la historia como el hombre que erradicó el sufrimiento de la especie humana —ironicé.

—Ríete, Meldivén, pero un día te arrepentirás de lo que acabas de decir.

—El departamento confederal de Sanidad castiga duramente la venta de neuros —dijo Lérad—. Es un negocio arriesgado.

—En vuestra situación no podéis elegir. Debo realizar un transporte de pienso al sistema Coshanis. Recogeréis el cargamento y lo llevaréis a su destino. No hacéis preguntas y todos saldremos ganando. Si os portáis bien, contaré con vosotros para próximos encargos.

—¿Y si no lo hacemos? —pregunté.

—Una pregunta superflua, Meldivén. Esperaba más de tu inteligencia.

—No sé por quién nos ha tomado, Godda, pero por lo que a mí respecta, no tengo la menor intención de exponerme a una condena de diez años de cárcel por transportar esa basura.

—¡Mel! —exclamó mi socio.

Godda, imperturbable, se acariciaba con parsimonia su narizota. Nos recorrió con la mirada, consciente de su superioridad. Paladeaba la entrevista como un buen vino. Primero agitaba la copa y luego inspiraba profundamente el aroma. Habíamos venido a verle para rogarle, para ponernos de rodillas y suplicarle que no nos quitase la nave. Godda nos proponía a cambio un trato inaceptable, y su disfrute se incrementaba al comprobar que estábamos divididos. Ahora comprendía por qué había comprado el crédito al banco Mibantik. Lo había adquirido para humillarnos.

—Quizás tengas razón, Meldivén —dijo el político, tras un silencio prolongado—. Puede que los neuros sean basura, pero es una basura necesaria. La sociedad la necesita para sobrevivir en este mundo de injusticias. En fin —miró su reloj—. Otros asuntos me reclaman. Disculpado.

El mayordomo nos aguardaba con la puerta del despacho abierta.

—¡Eres estúpido! ¡Un condenado estúpido! ¿Qué vamos a hacer ahora, eh? Cuando nos quedemos sin nave, vete pensando de qué vamos a vivir.

Lérad siguió vociferando el resto del día. Habíamos dejado pasar nuestra única oportunidad de evitar la subasta de *Poderosa*. Ahora, era cuestión de tiempo que nos llegase la notificación judicial.

—Hay trabajos que como transportistas no podemos aceptar —argüía yo, intentando que entrase en razón—. Y entre ellos están los que infringen decretos del Consejo Confederal.

—¿Y qué? Los consejeros derogarán el decreto de prohibición en cuanto el fabricante de los neuros les ceda un porcentaje de las ventas. Mel, parece mentira que no sepas cómo funcionan las cosas en Dricon. Godda tenía razón, lo que hoy se prohíbe, mañana se permite. El dinero es la única ley que se respeta en la Confederación.

—Tengo otras razones para no aceptar. Se trata de los neuros. Se están dando casos de gente que muere de hemorragia cerebral por culpa de ellos.

—Habladurías. De cualquier modo, a nosotros no nos concierne. Recuerda el Acta de libertades civiles: toda persona mayor de edad tiene derecho a disponer de su propio cuerpo y a adquirir libremente los medios que desee para su satisfacción personal...

—...siempre que no vulnere los derechos de otro ser humano. Recuerdo el artículo, Lérad. Y también recuerdo que, unos meses antes de aprobar el Acta, se rebajó la mayoría de edad a los catorce años.

—Los jóvenes maduran antes con las modernas técnicas educativas.

—Pues yo pienso que lo hicieron para incrementar los beneficios en el monopolio estatal de drogas. No, Lérad, me niego a participar en este tipo de negocios.

—Alguien hará el transporte en lugar de nosotros. Godda encontrará otra tripulación que aceptará.

—Será su problema.

—Te equivocas, Mel. Es *nuestro* problema, y de nadie más.

—Falta por ver si nos quitan la nave. Podemos dilatar el procedimiento judicial uno o dos años, si contratamos a un buen abogado. Habremos encontrado otro carguero para cuando nos lo subasten, aunque sea de alquiler.

No convencí a mi socio. Lérad tenía una visión más pragmática de la situación, y había algo de cierto en sus palabras. Es posible que yo no valiese para el oficio, pero no quería verme involucrado en un tráfico que podía acabar con la vida de seres inocentes. También desconfiaba de Godda. Aún en el supuesto de que nos plegásemos a sus deseos, aquel canalla podía ejecutar la hipoteca y apoderarse de nuestro carguero.

Agité mi combinado de fresas tarkas y confié en que Andrich no se hubiese olvidado de nuestra cita. La silla del bar era dura, y el cojín hinchable que había comprado para mitigar el escozor de mis posaderas perdía aire. En el bar había poco público. Un robot ambulante rastreaba con sus sensores a posibles clientes. Pese a que ocupábamos una de las mesas del fondo, el robot nos captó al instante y se dirigió directamente a nosotros.

—Felicidades, caballeros. He traído conmigo lo que ustedes necesitan —el robot abrió un contenedor cuadrado situado en su vientre—. Observen esta maravilla: un detector de moneda falsa. Puede reconocer doscientos tipos de monedas o billetes, y detectar alteraciones en las fichas de créditos de uso común.

—Lárgate —rechazó Lérad.

—Denme una moneda, por favor. Les haré una demostración. No pierden nada con esto. Mis detectores son muy apreciados entre los hombres de negocios. Si lo prueban, no se arrepentirán.

Le entregué una moneda de cinco argentales. El robot depositó encima un sensor cuadrado. El detector dijo:

—Emisión del año 2415, legítima y sin limaduras.

—Claro que es legítima —dije—. Eso ya lo sabía.

El robot nos mostró dos monedas, de veinte y doce argentales.

—¿Podría decirme cuál de las dos es la falsa, caballero?

—La de doce —señalé, tras un somero examen—. Es una falsificación muy burda. No necesito sensores para saberlo.

—La moneda de doce argentales es legítima —anunció el sensor—, aunque ha sufrido un serio desgaste por el uso. En cambio, la de veinte ha sido falsificada, y por gente que no conoce su oficio. En el reverso se detectan incorrecciones notables en el proceso de estampación; los perfiles del emblema confederal se desdibujan y la aleación empleada contiene impurezas que confieren a la moneda un brillo apagado. En el anverso, la acuñación demuestra su confección cochambrosa con mayor evidencia, ya que el cuello del presidente Olden carece de nuez y...

—Ya me he dado cuenta de que le faltaba la nuez —mentí—. Dije que la de doce era falsa para probar el sensor.

—¿Entonces? —preguntó el robot, esperanzado por la posibilidad de realizar una venta.

—Para saber que es falsa no me hacía falta tu chisme. Tengo ojos para eso.

—Con todos los respetos, señor, creo que se equivocó al elegir la moneda y ahora no quiere reconocerlo.

—Márchate de aquí, insolente.

Andrich y Dana asomaron por la puerta. Por fin nos librábamos del pelmazo electrónico.

—Felicidades, simpática pareja, porque tengo lo que necesitan —el robot no se daba por vencido y había empezado el asedio de los recién llegados—. Para usted, bella señora, tengo una diadema de cromatina que cambiará el color de su pelo sin necesidad de teñirlo. Lleva incorporado un polarizador de luz reflejada que...

—Estoy satisfecha con el color de mi pelo —dijo Dana, sacudiéndose su melena azabache.

—En ese caso, seguro que le interesará mi depilador exclusivo, que elimina para siempre el vello y le ahorrará un sinnúmero de incomodidades.

—¿Vello? ¿Acaso tengo yo vello en la cara? —Dana se acercó al robot, amenazante.

—¡Gug, gug!

Rufián, el perro auriga de Ox Orne, acababa de llegar y ladraba a su manera al robot, enseñando los dientes. Ox empujó con su barriga al vendedor electrónico y le advirtió:

—Si dentro de cinco segundos continuas en este local, me haré con tus tripas una parrilla para asar chuletas.

La amenaza surtió efecto. Ox, Dana y Andrich se sentaron a la mesa. El camarero trajo cervezas y aperitivos. Ox pidió un par de tostadas con salsa de ajo.

—Puajj —Dana se tapó la nariz mientras Orne untaba su tostada. La salsa estaba aderezada con especias y picante. El estómago de Ox no debía ser humano para tolerar aquella mezcla.

—¿A qué viene ese almohadón en el asiento, Mel?
—observó Andrich.

Como me temía, no había logrado que el cojín pasase inadvertido. Su color morado llamaba demasiado la atención.

—Estas sillas tienen el asiento muy duro —expliqué.

—Se le pegaron unos líquenes en el culo —dijo Lérad.

Esperé pacientemente a que las risas cesaran para desviar la atención a otro asunto. Lérad se estaba mofando de mí en represalia por haber rechazado la oferta de Godda. Pregunté a Andrich qué era lo que nos tenía que ofrecer.

—Esto —levantó su jarra de cerveza.

—¿Un brindis? —no comprendía sus intenciones.

—Cerveza, Mel —aclaró Andrich—. Hay que transportar varias toneladas de cerveza Jabraen y material de construcción a Loderenai, un planeta de la frontera.

—Parece que los colonos están sedientos —observó Lérad.

—Cargaremos en el sistema Telura —prosiguió Andrich. Rufián emitió una especie de berrido al oír aquel nombre—. Allí se encuentra la fábrica de cerveza y los almacenes de componentes de autoensamblaje. Realizaremos el viaje en trece saltos. Tenemos que cubrir una distancia muy grande. Pasaremos cerca de pulsares y condensaciones nebulares, así que tened cuidado con los cálculos de astrogación.

—¿Cuidado con los cálculos? —rió Lérad—. Vamos, Andrich, sólo trece saltos y a estas alturas nos dices que hay que tener cuidado. No somos principiantes.

—Me he enterado de que vuestra computadora cayó en un bucle lógico cerca de Norasai III.

—Lubián lo provocó.

—Deberíais haber estado prevenidos.

—Hemos arreglado el fallo. No volverá a suceder.

—Andrich tiene razón —intervino Dana—. Tenéis que modernizar vuestros equipos, o seréis presa fácil de cualquier cobrador de impuestos.

—Os he dicho que lo hemos arreglado —repitió Lérad—. Bueno, dinos cuál será nuestra parte.

—Veintinueve mil quinientos.

—Eso es una miseria.

—A mí me parece suficiente —intervine—. Loderenai está en una zona pacífica, y los puertos de Telura no causan problemas de aduanas.

Rufián rugió de nuevo, atrayendo nuestra atención.

—Qué le pasa a tu condenado perro —protestó Dana.

—Creo que no le gusta que vayamos a Telura —aclaró Ox. El pelaje del can se erizó súbitamente—. Ya sabéis cómo se ponen los aurigas en febrero.

—No, no sabemos cómo se ponen los aurigas en febrero —dijo Dana—. ¿Es algo importante? Porque si no lo es, prefiero que nos ahorres otra de tus charlas.

—Está relacionado con la posición de las lunas del planeta de los aurigas —explicó Ox—. En el mes de febrero, las mareas provocan alteraciones en el organismo de su fauna. Se vuelven, como lo diría yo, *raros*.

—Estamos en Dricon y aquí no hay lunas. Pamplinas.

—Bueno, puede que se trate de un proceso cíclico que les ocurre en febrero, con independencia de que se encuentren en su planeta; pero la verdad es que Rufián se pone muy raro durante este mes.

—¿Qué quieres decir con que se vuelven raros? —se interesó Andrich.

—Verás —Ox apuró su cerveza, satisfecho por haber picado nuestra curiosidad—. Hace un año, por estas fechas,

estaba haciendo unas revisiones en mi nave y pasé por delante de un cuadro electrónico. Rufián se puso a ladrar como una fiera. Comprobé el cuadro, pero lo encontré todo en orden, y pensé que sería una de las manías de mi perro. ¿Os he contado que una noche me lo encontré encima de mí? Yo estaba durmiendo en la cama y de pronto lo vi plantado encima de mí. El pelo le brillaba en la oscuridad y...

—Ox.

—Está bien, a lo que iba. Un par de días más tarde se incendió el cuadro electrónico. Rufián había olido el humo del incendio dos días antes de que se produjese.

—Imposible —rechazó Dana—. Te explicaré lo que pasó. Una rata pasaba por allí cuando tú cruzabas por delante del cuadro. Tu perro la vio y nada más.

—En mi nave no hay ratas.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Mentira —negaba Ox—. Y aunque así fuese, ¿cómo explicas lo del incendio? Se quemó precisamente el panel electrónico en el que mi perro se había parado.

—Casualidad.

—Es posible que hubiera un escape de gas cerca del panel —dijo Andrich—. Tú no te percastaste, pero el perro sí. Dos días después saltó una chispa en el cuadro y el gas se inflamó.

—Pues yo estoy de acuerdo con Ox —intervino Lérad—. Y sostengo que su perro nos intenta advertir que no viajemos a Telura.

Rufián berreó con ganas. El animal se había convertido en el centro de la reunión, haciéndonos olvidar el motivo que nos había congregado.

—Total, para la miseria que vamos a cobrar no merece la pena correr riesgos —continuaba mi socio.

—Se comenta que hay movimiento de tropas en el sistema —señaló Ox—. Corren rumores de que el general Boro está desplegando la flota telurana con el pretexto de unas maniobras.

—Si lo hace, es que tiene autorización del almirantazgo —dijo Lérad—. Ya sabéis que la armada de Telura es una de las pocas que Dricon controla férreamente.

Como muchos de ustedes recordarán, Boro empezó a ser conocido a raíz de la batalla de Antares, en la que logró una victoria fulminante frente a un brote separatista que pretendía independizarse de la Confederación. Después de aquella hazaña fue ascendido a general y destinado a Telura, el sistema más próspero y rico de la Unión; pero lo que aparentemente era una recompensa a los ojos de los ciudadanos, significó para Boro una humillación, puesto que al tiempo que se firmaba su nombramiento se recortaban sustancialmente sus poderes, condicionándose cualquier decisión suya a la aprobación del mando central de Dricon. De un plumazo suprimieron casi todas sus competencias, convirtiéndole de hecho en un títere del alto almirantazgo, sin capacidad de decisión autónoma.

Sus superiores no debían confiar mucho en él cuando lo trataron de esa manera. ¿Por qué? Se dice que Boro desobedeció órdenes durante el conflicto de Antares. Dricon no podía degradarle después de la victoria, así que lo ascendió. Boro no tardó en comprender que la recompensa era sólo nominal.

—Vamos, vais a decir ahora que os acobardan unas maniobras rutinarias —opiné.

—Las maniobras no, pero la reacción de Dricon sí —subrayó Lérad.

—Estáis hablando en hipótesis —insistí—. Hemos pasado por situaciones peores. Aquí no va a pasar nada.

—Me preocupa nuestro nuevo presidente —dijo Andrich—. Telura siempre ha sido uno de los sistemas más prósperos de la Confederación, y Dricon quiere ahora igualarlo con el resto. No renunciarán a sus privilegios. Telura *luchará* por conservarlos.

—Es un asunto que como transportistas no nos importa —declaré—. A nosotros se nos paga por llevar mercancías de un lado a otro. Limitémonos a eso.

—Yo soy de Telura —dijo Dana—. Y me concierne cuanto allí ocurra.

—Perdona, no quería ofenderte.

—No me has ofendido. Por mi parte, estoy dispuesta a ir.

—Bien, ya somos dos. ¿Andrich?

—Claro. Yo os he propuesto el viaje.

—Yo también iré —dijo Ox.

Rufián emitió un berrido de protesta. Lérad guardó silencio.

—Con la abstención de Lérad y el voto en contra del perro, iremos a por las cervezas —anuncié—. Los sedientos colonos de la frontera nos esperan.

La historia de Telura es tan antigua como la colonización estelar. Los riesgos de los viajes hiperespaciales y el costo de la expansión, que superaba con creces los magros recursos de los gobiernos, forzaron a éstos a asociarse con las intercompañías para que la labor colonizadora pudiese seguir adelante. Se concedió a las empresas generosas concesiones sobre los mundos descubiertos, exenciones fiscales y privilegios que rebasaban en muchas ocasiones el terreno económico para adentrarse en el político. Las intercompañías se convirtieron así en los artífices de la expansión, en el motor de la colonización a través de la galaxia. Pero como bien saben ustedes, no se hace un favor a cambio de nada. Las intercompañías fueron adquiriendo cada vez más y más poder, hasta el extremo de que al morir Mauris Radllo, forzaron un cambio del sistema político para consolidar sus imperios comerciales.

Telura es un buen ejemplo de lo que les relato. Considerada desde los inicios de la colonización como el paradigma de la libertad, este sistema se convirtió en poco tiempo en un potente centro económico equiparable a Dricon, al que superaba en muchos aspectos. Mientras en otros lugares de la Confederación se moría la gente de hambre, los basureros de Telura se llenaban de aparatos de tecnología punta, desechados por anticuados al cabo de dos meses de uso.

Nuestro presidente Biln había decidido acabar con este panorama. Sus intenciones entraban en conflicto con los tratados Olden, pilar jurídico de la Confederación; pero Biln no se arredraba ante tratados para llevar a cabo sus reformas.

Había diseñado una nueva Unión al estilo de la vieja república de Mauris, en la que el poder de las intercompañías sufriría recortes importantes. Como primera medida, Biln inmovilizó el diez por ciento de sus fondos en concepto de "garantías por empréstitos y obligaciones contractuales". Esta jerga oscura trataba de encubrir lo que en realidad era una expoliación descarada de la décima parte del capital de las grandes empresas. Después de otras actuaciones del presidente igualmente polémicas, las intercompañías se convencieron de que su diez por ciento no les sería devuelto jamás; o por lo menos, mientras Biln continuase en el poder.

Ironías de la historia, el gobierno local de Telura recurría al general Boro, conocido por haber aplastado sin piedad a los independentistas de Antares, para desafiar a Dricon. Y Boro se había prestado a ese juego. ¿Rencor del general? ¿Deseos de vengarse por la marginación de que había sido objeto? Teníamos motivos suficientes para inquietarnos cuando emprendimos el viaje.

Aterrizamos en Aproann, el cuarto planeta del sistema telurano, sin percances dignos de mención. No encontramos buques de guerra ni patrullas que nos dieran el alto. Telura estaba en calma. La información de Ox no se veía respaldada por los hechos, en principio. Si la flota del general estaba de maniobras, había elegido otra zona para enseñar los dientes a Dricon.

Fui el encargado de ir a la fábrica de cerveza Jabraen para gestionar la operación. Lérad no quiso bajar y se quedó en *Poderosa*, con no sé qué excusa relacionada con los controles de deriva. Todavía estaba enfadado conmigo. Ox, Andrich y Dana se ocuparon del material de construcción solicitado por los colonos.

Pronto me alegré de que Lérad no me hubiese acompañado. Una bella pelirroja salió a recibirme a la puerta de la fábrica. Tenía unos veinticinco años, ojos azules, labios muy sugerentes y sonrisa arrebatadora. Me tendió la mano.

—Bienvenido a Jabraen. Me llamo Soane Mosna.

—Meldivén Avrai, pero puede llamarme Mel, a secas.

—Me han comunicado que viene a recoger un cargamento de cerveza para los clientes de Loderenai, ¿cierto?

—Así es.

Soane me invitó a pasar a su despacho. Los vetustos retratos de antiguos propietarios de la factoría cubrían las paredes. Me detuve ante un anciano de pobladas patillas que me miraba con severidad, siguiéndome con la vista aunque yo variase el ángulo de visión.

—Era mi abuelo —dijo Soane—. Creo que desea decirle algo.

Froté el marco sensible del retrato. El anciano movió los labios:

—La tradición y el trabajo constante son los ingredientes básicos de una buena cerveza —el retrato enmudeció. Decepcionante. Había visto lienzos animados mucho mejores que ése.

—¿No le intranquiliza trabajar con tantos antepasados mirándola? —pregunté.

—Estoy acostumbrada —contestó Soane, hojeando una carpeta—. Nos complace que la colonia de Loderenai haya escogido nuestra cerveza para aprovisionarse. Jabraen es una factoría pequeña, pero nuestros productos son apreciados más allá de los circuitos habituales de distribución —la mujer alzó la vista de los papeles—. El sindicato del transporte independiente me ha dado buenas referencias de ustedes.

—Puede confiar en nosotros.

—Loderenai está al otro lado de la galaxia. No me gustaría que la carga fuese interceptada.

—Hemos estudiado la ruta y es segura. El cargamento llegará a los colonos, se lo garantizo.

—¿Ha probado alguna vez nuestros productos?

—La verdad, no —dije, confiando en que me ofrecería de beber, pues estaba sediento.

El retrato de uno de los bisabuelos de Soane se deslizó a un lado, dejando al descubierto una alacena bien provista de manjares. Su visión me recordó que no había probado bocado desde que partimos de Dricon.

Soane me ofreció una jarra espumosa y bandejas rebosantes de exóticas delicias. Lérad no podía imaginarse lo que se estaba perdiendo. Probé unos pequeños gusanos salados

con sabor a calamar, de gusto exquisito. Pregunté a la mujer cómo se llamaban.

—*Baecina marginatus* es su nombre científico. Los fabricamos a partir del ADN de anélidos importados de Tirras. Mediante la clonación conseguimos abaratar el coste final, y además podemos añadirles sabores.

—¿Y esas bolitas verdes de ahí?

—Hormigas basat confitadas. Pruébelas, son crujientes y dulces. Acompañan bien a la cerveza, aunque yo recomiendo tomarlas con licor o vino espumoso. Sin embargo, el producto del que nos sentimos más orgullosos, aparte de la cerveza, son estas cortezas —alzó una hoja verde que partió en dos; derramándose un fluido cremoso—. Obsérvelas, parecen verdura, pero no lo son. Se trata de un híbrido de vegetal y carne, fruto de nuestro laboratorio genético.

Mordí una corteza. El fluido, tibio y agradable, inundó mi paladar.

—¿El líquido es una variedad de savia? —quise saber.

—No, es el tejido interno del híbrido. Se licúa a causa del tratamiento a que se someten las hojas en la fábrica. Verá, estamos buscando agentes que abran mercado a nuestra gama de artículos. Jabraen elaboraba exclusivamente cerveza hasta hace poco, pero la competencia nos obliga a renovarnos. Había pensado que usted, debido a su profesión, podría ser un buen agente para nuestra firma.

—Sería interesante. Se lo comentaré a mi socio.

—Les ofrezco un diez por ciento inicial sobre las ventas que consigan, y cinco puntos adicionales si consolidan una cartera de clientes solventes que sea nutrida.

—La solvencia no es algo que podamos garantizarle.

Soane me miró con sus cautivadores ojos azules.

—Lo sé —sonrió, y quedé prendado de ella.

—¿Qué traes en esas bolsas? —refunfuñó Lérad al verme pasar a la cabina de mandos cargado de envoltorios.

—Gusanos salados, cortezas híbridas y hormigas basat confitadas.

—¿Y se puede saber dónde lo has comprado? No nos sobra el dinero para ir gastándolo en cochinadas.

—Me los ha regalado la mujer que me atendió en la fábrica. Se llama Soane, una pelirroja guapísima. Te agradezco que te hayas quedado a bordo.

Lérad guardó silencio, simulando concentrarse en un indicador angular.

—Los autómatas oruga terminarán de cargar la cerveza dentro de quince minutos —anuncié—. ¿Hay noticias de Andrich y los demás?

—Hace tiempo que acabaron. Te estábamos esperando. Para firmar cuatro papeles no necesitabas seis horas y media.

—La fábrica está lejos del espaciopuerto y... bien, tuvimos problemas de tráfico.

—Ya —Lérad abrió una bolsa de gusanos y se llevó a la boca un puñado—. Saben a calamar.

—Soane me ha ofrecido el quince por ciento de comisión sobre las ventas que realicemos para ella.

—¿Hablas en serio? ¿Te parece bien que nos dediquemos a vender confitura de hormigas, sólo porque te ha gustado una pelirroja? ¿Qué ha pasado con tu dignidad comercial, Mel?

—No sé qué hay de indigno en vender hormigas, si nos pagan como es debido.

—Olvídame —mi socio escupió una hebra de tabaco—. Date una vuelta por las bodegas, a ver cómo van los autómatas.

Lérad no tenía remedio. Me ocupé de supervisar la carga de la cerveza, y luego contacté con el grupo. Andrich y Ox habían acabado hace escasos minutos. Era falso que me hubieran estado esperando.

El planeta Aproann quedó atrás. Introduje en el ordenador las coordenadas para el cálculo del primer salto. Debíamos cruzar la órbita de los mundos exteriores a aceleración máxima, antes de activar el generador cuántico. Si lo hacíamos antes, corríamos el riesgo de ser atraídos por uno de los gigantes gaseosos de Telura, productores de perniciosas ondulaciones gravitacionales para la navegación.

Me pregunté por qué debíamos hacer el viaje hasta Loderenai en trece saltos. Ya podían haber sido doce, o catorce. Estarán pensando que soy un estúpido supersticioso, y me hubiera gustado darles a ustedes la razón. Eso habría significado que el viaje a la frontera se desarrolló conforme a lo previsto.

Nada más lejos de la realidad. Los colonos iban a tener dificultades en recibir su provisión de cerveza. Lo supe en cuanto una patrulla de la policía nos advirtió por el canal de emergencia que nos preparásemos para ser abordados.

Rebelión en Telura. 318 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>